

SERVICIO
SECRETO

SS

UNA MUÑECA DE SANGRE CALIENTE

Burton Hare



UNA MUÑECA DE SANGRE CALIENTE

SS Nº 1506

Autor: Burton Hare

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

SALÍ a cubierta y me tumbé en la toldilla de popa con la cabeza zumbándome. Demasiado whisky y demasiadas chicas, pensé.

Allá abajo oí las risas, la música y el vozarrón del peludo Arthur contándole sus experiencias a alguna de las voraces muchachas que en esa temporada se daban como los hongos.

Era una noche oscura como la entrada del infierno. No había luna, pero millares de estrellas jugaban a guiñarse el ojo unas a otras, mientras una brisa cálida susurraba sobre las quietas olas.

Una risotada de Arthur hizo estremecer toda la embarcación, y un coro de risas femeninas la rubricó. Después, dos de las chicas surgieron dando tumbos, abrazadas para sostenerse una a la otra, y se quedaron unos instantes acodadas en la borda, susurrando algo.

No me descubrieron y yo contuve la respiración. Si había algo que no deseaba en aquellos momentos era otra sesión amorosa. No quería morir tan joven.

Una de las chicas estaba desnuda y llevaba en la mano unos trozos de tela multicolor. Supuse que era su bikini. La otra puede decirse que iba vestida, dado que llevaba puesto el slip del suyo.

Cerré los ojos. El yate se mecía suavemente y el sordo chapoteo del agua era dulce y adormecedor como una nana.

Cuando volví a abrirlos, las dos satisfechas damas estaban haciendo equilibrios en la pasarela. Desaparecieron por el muelle y ya no me ocupé más de ellas.

Hice un cálculo mental. Con la fuga de esas dos, quedaban a bordo Arthur y su pelirroja, más una dama espectacular con una cabellera platinada que daba vértigo. Tenía fuego en la sangre y yo

lo sabía bien. Me había abrazado con ella en mi litera durante horas.

La modorra del agotamiento, la caricia del aire tibio y el susurro del mar lograron que empezara a conciliar el sueño tumbado allí.

Luego, más tarde, el vozarrón de mi amigo hizo añicos el silencio y le oí bramar:

—¡El maldito blandengue! Ha huido como una rata...

Una mujer dijo algo, riéndose.

Otra replicó:

—Viéndole con todos esos músculos que tiene, esa piel curtida, esas cicatrices, cualquiera diría que podría estar haciendo el amor una semana seguida...

Hubo más carcajadas. La misma voz añadió:

—No aguanta siquiera una noche entera...

—¡Kent! —bramó Arthur—. ¡Kent, maldita sea! ¿Dónde te escondes?

Pensé que despertaría a todo quisque que estuviera esa noche en el club náutico donde tenía amarrado mi cascarón.

No respondí, esperanzado.

Acabaron largándose y cantando desaforadamente. Supuse que iban a seguir la fiesta en el barco de Arthur y les deseé suerte. Eran las cuatro de la madrugada.

Volví a cerrar los ojos. Ahora, el silencio era realmente dulce, arropado con el susurro de las olas y algún que otro crujido del maderamen.

No sé cuánto tiempo dormí. Era oscuro como boca de lobo al abrir los ojos sobresaltado por algo.

Tenía la cabeza aturdida por la bebida y los excesos con la rubia platino, pero incluso así estuve seguro que algo concreto se había despertado.

Escuché conteniendo el aliento. Entonces lo oí otra vez: Un golpe sordo contra el casco, y luego un quejido.

Di tal brinco que por poco salté por la borda. Inclinándome por encima de ésta exclamé:

—¿Quién está ahí?

Algo chapoteó en el agua. Algo que emitió un ligero balido agónico.

—¿No me oye? —grité.

En las tinieblas, un bulto más oscuro que el agua osciló un instante junto al casco. Luego, bruscamente, se hundió.

Salté la amura y me hundí yo también de cabeza en el agua. Braceé de aquí para allá. No se veía nada en aquella oscuridad, ni siquiera alcanzaba a distinguir mis propias manos. No obstante me zambullí una y otra vez, nadando en círculos bajo el agua.

Atravesé por debajo de la quilla de mi barco. Volví atrás y, con los pulmones estallándome, tropecé con lo que, fuera que se hundía poco a poco.

Lo palpé y era un cuerpo humano. Mis dedos se cerraron en torno a un duro pecho, cuyo pezón, por el frío, estaba duro y rígido como una piedra.

Tanteé el cuerpo buscando la cabeza y al fin pude atrapar unos cabellos largos que enrosqué en torno a mi mano. Entonces comencé a patear para salir a la superficie.

Ya era hora, porque sentí la angustia del ahogo y tragué una gran bocanada de agua salada. Resoplando, asomé la cabeza. El aire tibio resultó delicioso y lo aspiré con avaricia, sujetando la cabellera de mi presa.

Nadé hacia el muelle. Logré sacarla sin hacerle más daño que un par de rasguños en los muslos cuando la deslicé por el borde del malecón.

Luego salí yo. Las piernas me temblaban. A pesar de la oscuridad, pude ver que la chica estaba completamente desnuda. La levanté en brazos y troté pasarela arriba hacia mi camarote, en cuya litera la dejé. Yo jadeaba como un fuelle, pero no pude advertir si ella respiraba o no.

Bueno, estaba destinado a saltar sobre las mujeres esa condenada noche. Sobre ésta me instalé a horcajadas y comencé el tratamiento para intentar que viviera.

Entonces descubrí la brecha en su cabeza. Debía haber perdido mucha sangre, demasiada quizá para seguir viva.

Pero me aferré a ella aplicándole la respiración boca a boca, luego presionándole el tórax, y así una y otra vez hasta el agotamiento, hasta sentir la desesperación apoderarse de mis sentidos.

Y luego, de repente, vivió.

La sentí vivir debajo de mi cuerpo y juro que es la sensación más

hermosa que uno puede experimentar en este mundo. Todo su cuerpo se estremeció y un ligero jadeo agitó sus pechos.

Con la cabeza ladeada vomitó un poco de agua salada. Tosió sin fuerzas, como un corderito recién nacido. Y empezó a respirar.

Yo no tenía fuerzas para más. Me deslicé a un lado para que el peso de mi cuerpo no estorbara su respiración y tiré de una manta para cubrirla. Creo que yo necesitaba también un tratamiento de recuperación en aquellos instantes.

Al fin me deslicé fuera de la litera y acabé de cubrirla.

Su hermoso cuerpo empezó a temblar y añadí una segunda manta. Después entré en la cocina y preparé una enorme cantidad de café negro y fuerte. Me tomé un tazón, llené otro y fui al camarote.

Pero no pude conseguir que bebiera. Tenía las mandíbulas apretadas como un cepo de hierro.

La dejé descansar y bebí más café.

Al alba logré que tragara un sorbo de whisky. Volvió a toser y siguió inconsciente.

Cuando el sol calentaba como el demonio conseguí hacerle beber café reforzado con whisky. Lo bebió glotonamente, tosió, lloriqueó un poco y luego volvió a quedar inerte. Pero respiraba con regularidad y eso me tranquilizó.

La dejé en paz. Ya despertaría cuando estuviera en condiciones.

Subí arriba y fumé un cigarrillo, preocupado. Volví abajo y examiné su cráneo. El agua, en cierto modo, había cauterizado la herida. No sangraba, pero aquello tenía mal aspecto.

Agarré el teléfono, hice una llamada, di un par de gritos y el holgazán del matasanos accedió a venir.

La chica continuaba dormida. O inconsciente, el caso es que su única señal de que estaba viva era su respiración.

Hice un par de intentos hablándole en voz alta. No despertó ni dio la menor señal de haberme oído.

Encendí otro cigarrillo y continué allí, mirándola. Era endiabladamente hermosa a pesar del mal estado en que estaba. Tenía una cara de las que no se olvidan y una boca que en otras circunstancias me hubiera encalabrinado sin remedio.

Con el cigarrillo en los labios estuve pensando en esto y aquello un buen rato. No me gustaban siquiera mis pensamientos.

Retiré las mantas y descubrí todo el fascinante panorama de su cuerpo desnudo. Nunca antes había visto algo tan perfecto, tan armoniosamente proporcionado.

Hube de llamarme al orden para examinarla en busca de alguna herida, que era lo que me preocupaba. Incluso la volteé a un lado con cuidado para verle la espalda.

Afortunadamente no tenía más herida que la del cráneo, y los rasguños en los muslos que le había hecho al deslizarse por el borde del muelle. Aclarar el otro pensamiento que me inquietaba era cosa del médico y volví a cubrirla hasta el cuello.

Y entonces, como un susurro, murmuró:

—Las muñecas...

Di un salto y me incliné sobre ella.

—¿Qué dijo? —grité—. ¿Puede oírme?

—Oh... yo no...

Calló y ya no hubo manera de que dijera nada más.

El médico llegó quince minutos más tarde. Oí el coche detenerse en el muelle y subí a cubierta.

El sol abrasaba los yates y embarcaciones de todo tipo amarradas en los pantalanes del club. Había gente en las cubiertas, y un par de motoras cruzaban buscando la bocana.

El médico agitó la mano mientras se aproximaba a la pasarela. Era un tipo rechoncho, de cara sonrosada y ojos azules que odiaba el mar con todos sus sentidos. Jamás había conseguido que aceptara navegar conmigo.

—¿Qué tripa se te ha roto? —exclamó cuando estreché su mano—. Por teléfono no entendí nada, sólo gritabas...

—Abajo. Una chica.

—¿Otro de tus líos?

—¿Líos? George, a veces me pregunto cómo no te envenenas con esa mente sucia que tienes.

Se echó a reír. Le empujé hacia la escalera y antes de llegar al camarote le conté lo sucedido con aquella mu-, chacha.

—De modo que apareció flotando en el agua...

Se inclinó sobre ella y examinó la brecha de su cabeza. Gruñó entre dientes y abrió el maletín.

—No me gusta nada, Alan —rezongó.

—Cuando termines con su cabeza quiero que la examines más a

fondo. Esa inconsciencia en que está sumida no puede ser natural. Además, quiero que compruebes si fue violada antes de que la golpearan.

—¿Tú crees que...?

Me encogí de hombros.

—Es sólo una idea, pero si lo fue imagino que tú sabrás lo que hay que hacer.

Achicó los ojos y me miró asombrado. Luego empezó a trabajar y le dejé en paz, sentado en los escalones.

—Hubiera sido aconsejable cortarle el cabello —rezongó en un momento determinado.

No dije nada y seguí fumando. De vez en cuando, él me miraba por el rabillo del ojo. Era un tipo estupendo, a pesar de estar casado y llevar una vida rutinaria como la de un reloj.

—Bueno, de momento aquí no se puede hacer más...

Le miré y sonrió.

—Le dieron un buen golpe —explicó—. Pero pudo haber sido peor. Esas heridas en la cabeza, o le matan a uno, o son apenas nada. Mucha sangre y nada —repitió, echando las mantas a un lado.

Oí cómo contenía el aliento al contemplar el fascinante cuerpo de la muchacha.

—¡Infiernos, Alan, qué mujer! —bisbiseó.

—Recuerda que eres médico. Si lo olvidas te lo recordaré con una matraca.

—¿No tiene ninguna otra herida?

—No, eso ya lo comprobé, sólo esos rasguños que le hice al sacarla del agua.

—¿Por qué no subes a cubierta un rato? Lo que voy a hacer ahora no es nada agradable...

Me levanté y subí al sol, refunfuñando.

A lo lejos pude ver los gallardetes del palo mayor del gran velero de Arthur. Me pregunté si aún estaría revolcándose con las dos devoradoras de hombres que se había llevado de mi yate.

Poco después, el médico subió resoplando. Le ofrecí un cigarrillo, lo encendió y dijo:

—No la violaron, si eso te tranquiliza.

—Me tranquiliza.

—¿Sabes una cosa? —gruñó—. Eres un tipo desconcertante. Un

golfo desconcertante para ser exactos. Te revuelcas con todas las golfas que puedes, no respetas a ninguna que se te ponga a tiro, y de pronto te preocupas por si alguien violó a una desconocida. ¿Qué diablos te pasa?

—Hablas demasiado. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—No, claro...

—¿En qué estás pensando?

—En la policía. Ya debieras haberlos llamado.

—Lo haré cuando ella recupere el conocimiento. ¿Algo más que te preocupe?

—Sí.

—Bueno, suéltalo, matasanos.

—Antes te dije que las heridas de la cabeza le matan a uno o curan sin más...

—¿Y qué, no es así?

—Seguro. Pero en ocasiones dejan secuelas. Habría que examinarla a fondo. Ya sabes, radiografías, electroencefalogramas y todo eso.

—De acuerdo. La llevaré a tu clínica tan pronto esté en condiciones.

—¿Vas a pagar tú todos los gastos? No sabes siquiera quién es, ni si tiene dinero en alguna parte. No sabes nada de ella.

—¿Crees que soy una institución de caridad o qué? Ya veremos quién pagará, George, no te preocupes por eso.

Soltó un gruñido y añadió:

—Claro que si la conviertes en otra de tus concubinas... podrías correr con los gastos por lo menos.

—Si no fueras un pobre tipo casado y con hijos te arrojaría por la borda.

Rio entre dientes y durante unos instantes fumamos en silencio, la mirada perdida en el mar, en los yates, en las gentes casi desnudas que andaban de un lado a otro.

Luego le pregunté por su mujer y los chicos.

—Mabel está perfectamente —dijo—. Habla de ti a menudo.

—Supongo que para despellejarme...

—Algo así. No comprende tu manera de vivir. Y yo tampoco, dicho sea de paso. Pero te quiere y le gustaría que vinieras a casa de vez en cuando.

—Lo haré, George, palabra.

—En cuanto a los chicos... Bien, ya sabes lo que son en estos tiempos. El mayor tiene ocho años y anda muy preocupado con los problemas de la reproducción humana.

—¿Con qué?

—Ahora les dan cursos de sexología en la escuela.

—Ya veo.

Hubo otro silencio, que rompió él al cabo de un rato.

—He dejado una receta abajo. Son unas grageas —explicó arrojando el cigarrillo al mar—. Que se tome una cada dos horas. Yo volveré mañana para ver cómo sigue la herida, si antes no la has traído a la clínica. Es lo único que puedo hacer sin un examen más completo.

—De acuerdo.

—Bueno, me largo. Tengo un trabajo del demonio. Ah, casi lo olvido... el chico, Tony, tiene tu fotografía en su cuarto.

—¿Qué?

—Una que publicaron los periódicos hace un par de meses, cuando la emprendiste a tiros con Luigi Campano...

No dije nada. Él me miró con una especie de muda acusación en sus ojos de niño.

Estuve allí hasta que su coche desapareció del muelle y entonces volví al lado de mi forzada huésped.

Continuaba inconsciente.

CAPÍTULO II

NO despertó hasta avanzado el crepúsculo. Yo Había pasado todo el día pendiente de ella, excepto el rato que empleé en ir a la farmacia más próxima.

Abrió los ojos y se quedó mirándome, como asombrada.

La dejé que me viera bien, no fuera a asustarse. Tenía los ojos oscuros, profundos y serenos. Estuvieron clavados en mí una eternidad, sin decir nada, sin asustarse, como si no me viera.

Al fin dije:

—No se mueva, aquí no tiene nada que temer.

—Me duele la cabeza.

—Claro, está herida, pero el médico ya le hizo una cura esta mañana.

—¿Herida?

Llevaba una suerte de turbante en la cabeza. Un buen trabajo de George.

—Tranquilícese, no es nada grave.

Entonces giró los ojos y examinó cada detalle del reducido camarote.

—Está usted en un pequeño barco. Un yate destartelado para ser exactos. Es mío y también fui yo quien la sacó del agua.

—Del agua...

Empecé a preocuparme. No era lógica su manera de reaccionar. Volvió a mirarme con sus ojos serenos.

—No le conozco a usted —murmuró.

—Me llamo Alan Kent. ¿Y usted?

Arrugó el ceño por primera vez. Poco a poco, una expresión de

estupor apareció en su bellissimo rostro.

—No lo sé —balbuceó—. ¡Dios! No sé quién soy..., ni cómo me llamo...

Intentó incorporarse, pero sufrió un escalofrío y una mueca de dolor, y luego volvió a caer en la litera.

—¡No se mueva! —grité—. Tómelo con calma..., no pasa nada.

—Pero... pero no sé...

—Calma. Está aturdida aún, es natural. Esa herida en la cabeza y todo lo demás...

Pero yo sí estaba preocupado.

Le di tiempo.

Vi como por debajo de las mantas exploraba su cuerpo con las manos.

Boqueó y me miró acusadoramente.

—¡Mis ropas! —exclamó.

—No llevaba nada cuando la saqué del agua.

—¿Quiere decir que... estaba...?

—Desnuda.

—¿Cómo es posible, qué me han hecho? ¡Quiero salir de aquí!

Volvió a hacer otro intento para incorporarse, esta vez apretando las mantas contra sus senos. El dolor la aplastó de nuevo y quedó quieta, jadeando.

—No tenga miedo, nada le sucederá mientras esté aquí. ¿Entiende?

—Pero me desnudaron...

—¿Quiénes?

—No lo sé. Usted...

—Yo no, por supuesto. Me limité a sacarla del agua cuando estaba casi ahogada.

—¡Desnuda!

—Y dale. ¡Claro que ya estaba desnuda entonces! Pero si eso la tranquiliza, le diré que el médico comprobó que no la habían ultrajado. No la violaron ni nada semejante. Sólo la golpearon, le quitaron las ropas y la tiraron al mar.

—No, no... ¿Por qué habrían de hacerlo?

—Eso es lo que espero que usted me diga.

—¡Pero no lo sé! No recuerdo nada..., ni mi nombre...

De repente estalló en sollozos. La dejé llorar. Con aquello no

había contado.

Poco después se calmó en parte. Giró la cabeza y sus ojos se clavaron en mí llenos de angustia.

—¡Ayúdeme! —suplicó—. ¡No puedo seguir así...!

—La ayudaré, por supuesto, pero cálmese. Es posible que ese golpe en la cabeza le haya provocado un estado de amnesia pasajera. Cuando se haya recuperado un poco iremos a la clínica de ese médico amigo mío. Ahora debe reponerse. Tómese eso.

Le di una grajea y una taza de café. Se lo tomó todo sin que desapareciera de su rostro aquella expresión de estupor.

Decidí forzar un poco las cosas y le solté:

—¿Qué significan para usted «las muñecas»?

—¿Muñecas?

—Eso es.

Se miró las suyas.

—No comprendo. ¿Qué tienen que ver mis muñecas con todo lo que está pasando?

—No lo sé. Usted, cuando estaba inconsciente, murmuró esa palabra: «Las muñecas.»

—No lo recuerdo... Nada, es como si acabara de nacer. No recuerdo nada de mí...

—Amnesia. Tómelo con calma, eso es algo pasajero, ya lo verá. ¿Cree que podría comer algo ahora?

—Oh, no..., no quiero nada.

Reinó un silencio.

Ella cerró los ojos y comprendí que hacía desesperados esfuerzos para recordar.

No lo consiguió y volvió a mirarme.

—¿Estamos solos en el barco?

—Seguro. Vivo solo aquí.

—¿Vive en este yate?

—Es un poco complicado para explicarlo, pero así es.

En aquel instante hubo un estrépito en cubierta. Di un respingo y ella exclamó:

—¿Qué es eso?

—Algunos amigos..., no se asuste.

Subí disparado.

Arthur, vestido con un short de colorines, peludo como un oso,

acababa de invadir el barco en compañía de la pelirroja.

—¡Maldito seas! —rugió—. ¡No te dejaste ver en todo el día, y anoche te escondiste como una rata...! ¿Qué te pasó, no querías que la rubia platino te exprimiera como un limón?

—Ya lo hizo.

—Pero quería más. No creo que te perdone tu escapada.

—La oí. Estaba tumbado en la toldilla cuando te la llevaste.

Se echaron a reír. La pelirroja, sólo con un bikini por toda indumentaria, era un espectáculo increíble.

—Vamos a cenar —anunció la chica—. ¿Vienes con nosotros? Las otras estarán en el restaurante.

—Olvidalo. Tengo trabajo.

—¿Qué?

—Y tú puedes ayudarme, pelirroja.

—¡Eh, párate ahí! —bramó Art—. Esta es mía. ¿No tienes bastante con todo el harén que andan locas por ti?

—Deja de rebuznar, maldita sea. Tengo a una chica en el camarote y necesita ropas...

Antes que soltaran algunos comentarios al respecto les conté mi aventura.

Se quedaron mudos de estupor.

Luego, Art graznó:

—¡Estas cosas sólo te pasan a ti! ¿Es guapa?

—Mucho.

—Vamos a verla.

Le atrapé antes de que se lanzara escaleras abajo.

—¡Espera un minuto, orangután! Está muy desconcertada porque no recuerda nada. Si la asustas te arranco la cabeza, así que no vociferes como tienes por costumbre.

—¿Por quién me tomas?

Y se lanzó escaleras abajo.

Le seguimos y al llegar al camarote casi nos dimos de narices contra su espalda. Se había quedado parado allí, asombrado, como hechizado por la extraña belleza de mi desconocida.

Ella los miró a los dos.

—¿Son sus amigos?

Asentí. Art trató de decir algo. Pero fue la pelirroja la que tomó la iniciativa:

—Dice Alan que necesitas algunas ropas... Creo que las de mi talla te servirán, ¿no te parece?

La muchacha asintió. Podía calcular perfectamente las medidas de la pelirroja porque mostraba todo cuanto tenía.

—Gracias... —murmuró.

—Iré a buscar algo...

Y se largó.

Arthur dijo, al fin:

—Me llamo Arthur Coleman. Todo el mundo me llama Art, o el oso, así que elija.

Por primera vez ella esbozó una sonrisa.

—Art —dijo—, ¿por qué le llaman oso?

—¿Es que no me ve bien o qué le pasa? Darwin estableció el eslabón entre el hombre y el mono. Bueno, yo soy el eslabón perdido entre el hombre y el oso, y le aseguro que me va muy bien.

Esta vez, la chica rio. ¡Dios bendito! Su risa era sensorial, limpia, como si fuera la risa de la primera mujer de la Creación llamando al hombre. Vi como Art se quedaba boquiabierto, estremecido.

A mí me recorrió un escalofrío extraño, algo que brotaba de las profundidades de la carne y el corazón y nublaba el cerebro.

Cuando salió de su éxtasis, Art indagó, luchando por suavizar el chorro de su voz:

—¿De veras no recuerdas nada?

—No..., absolutamente nada.

—¿Ni tu nombre, ni quién te golpeó?

—Es como si antes de abrir los ojos en este camarote no hubiera vivido un solo segundo.

—Bueno, no te preocupes, te ayudaremos. Puedes contar conmigo, y Kent es especialista en sacar de apuros a la gente:

—Cierra el pico, bocazas.

—¿No le has dicho quién eres o qué?

—Sabe que soy Alan Kent. Es suficiente.

Art me miró como si me creyera loco. La chica comenzaba a estar intrigada, pero también la preocupación por ella misma evitó que siguiera pensando en lo que el peludo bocazas había dicho.

La pelirroja regresó disparada. Traía un puñado de ropas de colores vivos que arrojó sobre la litera.

—Te sentarán bien, estoy segura —dijo—. Pero me parece que

deberías esperar un poco más antes de levantarte.

—No puedo levantarme aún..., me siento tan débil...

—Entonces, mejor que duerma un poco más —dije—. Si necesita algo sólo levante un poco la voz. Estaré arriba.

Empujé a Arthur y subimos a cubierta. Por lo visto habían olvidado su plan para irse a cenar, pero se lo recordé sin rodeos y gruñó:

—No necesitas tirarnos por la borda si quieres quedarte solo con ella.

—Todo lo que quiero es que descanse. Mañana la llevaré a la clínica de George Appleton.

Se fueron refunfuñando. Les encantaba el misterio por lo visto.

Una hora más tarde bajé a dar un vistazo y ella ladeó la cabeza, soñolienta.

—No puedo dormir —murmuró—. Tengo miedo, Kent.

—Todo se arreglará. Necesita descansar, nada más.

—¡Pero no quiero descansar! Necesito pensar, saber quién soy, recordar mi vida pasada.

Encendí un cigarrillo. Si no deseaba dormir quizá fuera el momento de tantear un poco más su averiada memoria.

Tomé su mano izquierda y señalé el círculo más pálido de piel del dedo anular.

—Un anillo —dije—. Posiblemente, un aro de matrimonio... ¿No recuerda si está casada?

Se miró la mano y contuvo el aliento.

Yo añadí:

—Sin ninguna duda llevaba un anillo en este dedo. Usted está muy morena, tostada por el sol. Le quedó una marca muy clara.

—Sí..., un anillo.

—¿Lo recuerda?

—No, en absoluto.

—No cabe duda que se lo quitaron, lo mismo que todo lo que llevaba encima, para que no pudiera ser identificada. Pero si era la alianza de matrimonio es posible que su marido haya presentado una denuncia en el Departamento de Personas Desaparecidas. Lo averiguaré mañana.

—Alan...

—¿Sí?

—¿Y si tuviera hijos...?

—Es posible.

—Pero debería recordarlo. Una madre no puede olvidarse de sus hijos.

—La amnesia tiene esa clase de bromas. Pero en cuanto si ha tenido hijos o no, podrá saberlo tan pronto la examine el médico.

—Sí, claro..., pero me horroriza pensar que tenga hijos en alguna parte, esperándome. Y un marido...

—Tengo amigos en la policía. Mañana veremos si alguien la ha echado de menos.

Noté que se acariciaba el dedo en que había la señal de una sortija. Lo hacía en un movimiento maquinal, inconsciente. Quizá ése fuera un resorte para disparar sus recuerdos en cualquier momento.

Vi que se le cerraban los ojos. Atrapé una camisa y subí a cubierta.

No pegué ojo en toda la noche.

A las nueve de la mañana, Arthur y todas las chicas irrumpieron en el barco como una manada de elefantes locos, alborotando excitadas por ver a mi protegida.

La vieron aparecer vestida con las ropas de la pelirroja y callaron de golpe. Yo también me había vestido con pantalones y una camisa para llevarla a la clínica.

Hice las presentaciones, me gané un codazo de la rubia platino, y casi en volandas me la llevé adonde tenía el coche.

Aún pude oír a Art rugiendo:

—¡Vamos a desvalijarte la despensa a menos que regreses en una hora!

Mis provisiones de la despensa no me preocuparon. Las de whisky sí, porque conocía bien a todo el rebaño...

CAPÍTULO III

A mediodía llegué al edificio de la policía. El sol arrancaba cegadores destellos de su fachada de cristal y hacía un calor del demonio.

Dejé mi «Mustang» estacionado incorrectamente y entré en busca de alguien que me echara una mano.

No podía ser otro que el teniente McLeod.

Llegué a su oficina, llamé a la puerta y antes que respondiera me colé dentro. Vi que tenía a un tipo de cara lívida sentado en su silla y me detuve.

—Lo siento —dije—, no me dijeron que estabas ocupado.

—¡Cuernos! Eres oportuno como la peste —gruñó—. Pero ya que estás aquí, siéntate. Ya casi he terminado.

Atrapé una silla y me senté, apartado de la mesa. El hombre pálido tenía las manos temblorosas y parecía muy asustado.

McLeod ladró:

—¡Por última vez, estúpido! ¿Qué fue lo que viste?

El hombre sacudió la cabeza. Apenas sin voz tartajeó:

—Nada..., ya se lo dije..., no vi nada, sólo al hombre muerto...

El teniente se echó atrás. Levantó un teléfono interior y gritó:

—¡Vengan a buscarlo! Es todo suyo.

Esperamos hasta que dos detectives entraron para llevarse al detenido. McLeod ladró:

—¡Podéis hacerlo pedazos hasta que hable!

Nos quedamos solos. Entonces esbozó una sonrisa y dijo:

—Apuesto que te impresioné...

—Una buena representación la tuya. Lo malo es que ese pobre

tipo no sabe que tienes un corazón de oro.

—¡Al infierno con él! Está cagado de miedo.

Le ofrecí un cigarrillo, encendimos y sólo cuando hubo saboreado tina bocanada de humo gruñó:

—Está bien, ¿qué te duele esta vez?

—No conozco a nadie en Personas Desaparecidas y necesito averiguar algo allí.

—Ya veo. ¿Para una de esas todopoderosas compañías de seguros para las que trabajas de vez en cuando?

—Esta vez no. Es un asunto personal.

Arrugó el ceño y se enderezó en la silla.

—¿Personal?

—Eso dije.

—¿Quién ha desaparecido?

—Es al revés —dije, riendo—. He encontrado a alguien.

Sacudió la cabeza, con una mueca de perplejidad en la cara.

—Una golfa —sentenció de pronto—. Si es algo personal tratándose de ti, no puede ser más que una golfa.

—Ahí está lo malo, que no sé quién es. Ni ella tampoco.

Me quedé mirándole como si eso fuera todo, hasta que su rostro se nubló.

—Muy bien, tipo listo —rezongó—. Si quieres ayuda, suéltalo todo. Me encanta escuchar historias, ya lo sabes.

—Ese fulano que tenías aquí no te contó ninguna.

—Eso es lo malo. Fue testigo de un asesinato, hace dos noches, y no quiere hablar por temor a que se lo carguen.

—¿Quién es? A juzgar por su aspecto...

—Una rata de muelle, un vagabundo, borracho y degenerado.

—¿De muelle?

—Sí, eso he dicho.

—Espera un minuto. ¿No vería asesinar a una mujer...?

—Nada de mujeres, no lo compliques. Se cargaron a un tipo, ni más ni menos. ¿De dónde sacaste la idea?

Suspiré. Ya le había dado bastantes rodeos al tema.

—Yo saqué a una chica del agua. La habían golpeado en la cabeza. Un golpe muy duro. Después la desnudaron, le quitaron hasta un anillo que llevaba y la arrojaron al mar. Ella no recuerda nada, ni su nombre. Amnesia, ya sabes, debido al golpe. Esa es toda

la historia que quenas oír.

—¿Dónde está ahora esa mujer?

—En la clínica de un médico amigo mío.

—Entiendo. Quieres comprobar si alguien ha presentado una denuncia de su desaparición.

—Ajá. Si el anillo que le quitaron era la alianza matrimonial, es posible que su marido se haya movido un poco en su busca.

—Eso es fácil de averiguar.

Salimos de su despacho y mientras descendíamos en un ascensor comentó:

—El otro día leí un informe de la Corporación Aseguradora...

—¿Y qué?

—Te pagaron cincuenta mil dólares por salvarles sus arcas en el caso de la cadena de incendios...

—Es cierto. Lo malo es que también lo habrán leído los vampiros de la oficina de impuestos.

—No te quejes. Por matar a un bastardo como Luigi Campano es un buen precio. Campano era una sucia basura por la que yo no hubiera dado un centavo.

—Basura o no, tenía un «45» en la mano cuando le atrapé, y te aseguro que sabía cómo manejarlo.

Asintió y llegamos a la oficina que buscábamos.

Había un sargento al frente de la sección y escuchó nuestras cuitas con su cara de palo. Se encogió de hombros.

—Desaparecen centenares de mujeres al cabo del año, teniente, ya lo sabe usted... La mayoría no aparecen nunca más. ¿Tiene usted una fotografía de ésa que busca?

—No, pero la reconoceré si alguien ha presentado una denuncia, con fotografía incluida. Por si no lo entendió, sargento, estoy buscando los familiares de una mujer, no a ella.

—Entiendo..., pues va a divertirse.

Se fue a una mesa y volvió con un pequeño fichero y una carpeta de cartón.

—Aquí hay fotografías de mujeres desaparecidas, archivadas por orden alfabético. En esta carpeta encontrará una copia de las denuncias correspondientes a cada una.

Di las gracias y fui a sentarme a una mesa libre. McLeod se quedó de pie a mi lado, interesado.

Tardé casi una hora en revisar todas las fotografías. Mi hermosa desconocida no estaba allí.

—Nadie la ha echado de menos —rezongué entre dientes, preocupado—. Quizá no tiene familia.

—Me pregunto a quién piensas presentarle tu cuenta, si ella no tiene familia...

—Alguien pagará.

Enarcó las cejas. Cuando lo hacía, las cejas se le juntaban hasta formar un espeso cepillo.

—¿Quién?

—El hijo de perra que intentó asesinarla —dije.

Dio un respingo y casi corrió detrás de mí, que ya entraba en el elevador.

—¡Espera un minuto! —graznó—. Esa mujer tiene que venir aquí y presentar una denuncia. No me importa que la acompañes, ni que metas la nariz en su pasado, pero si hubo un intento de homicidio el asunto nos pertenece a nosotros, cosa que sabes perfectamente.

—Por supuesto, le diré que lo haga tan pronto pueda salir de la clínica.

Le dejé rezongando y me escabullí. Por el momento no quería que nadie más que yo manejara aquel caso. No podía quitarme de la cabeza la extraña e increíble belleza de mi desconocida...

* * *

Comí en la ciudad, de modo que cuando llegué a bordo de mi cascarón Arthur y sus odaliscas ya no estaban allí. Reinaba un silencio acogedor muy acorde con mi estado de ánimo.

Me quedé un rato en cubierta, aprovechando la sombra de la toldilla. Fumé un cigarrillo y en todo el tiempo no dejé de pensar en el misterio que rodeaba a mi hechicera y desconocida dama.

De pronto vi aparecer una melena platinada por la escotilla y pegué un brinco.

Detrás de la melena surgió su propietaria, y era todo un espectáculo, ya lo creo que sí.

Excepto la larga cabellera, y un slip blanco tan grande como un sello de correos, no llevaba encima más que la piel, tostada por el sol.

—De modo que estabas haraganeando aquí —exclamó—, en

tanto que yo esperaba tu regreso abajo, mordiéndome las uñas de impaciencia...

—Creí que no había nadie a bordo.

—Los demás se fueron, pero yo decidí quedarme. Anoche dejamos las cosas en la mitad.

—Me pregunto a qué llamas tú la mitad de una cosa... para llamarlo de alguna manera.

Riéndose, vino hacia mí contoneando su fabuloso cuerpo.

—Además —dijo, derrumbándose sobre la tumbona que había a mi lado—, ejercí de secretaria.

—¿De qué?

—Secretaria. Atendí tu teléfono.

—Vaya. ¿Quién llamó?

—Un tipo histérico. Estaba loco por hablar contigo.

—¿Tenía nombre ese tipo?

—No lo entendí muy bien, todo lo que hacía era berrear. No quería hablar conmigo, sólo chillaba... ¿Te imaginas?

—No puedo imaginar nada si no eres más explícita, nena.

—Asther —dijo—. O Asmer, o cualquiera sabe. Un nombre idiota.

Pensé sobre eso. De pronto se me ocurrió y me incorporé de golpe.

—¡Asher! —grité—. ¿Era Asher el nombre?

—Puede que sí...

—Voy a llamarlo.

Me dejó llegar a la escalera y entonces dijo:

—No te canses. Dijo que telefonaría él cuando regresara a su despacho. Pero ya que estás ahí puedes preparar un par de tragos... Arthur y las chicas dejaron algo de whisky en alguna parte.

Bajé y por si las moscas llamé a la Corporación de Seguros. Me dijeron que el señor Asher estaba ausente y tomaron nota de mi llamada.

Así que preparé dos grandes vasos y regresé al lado de la platinada devoradora de hombres.

Ella indagó:

—Bueno, ¿quién era el tipo que no quiso hablar conmigo?

—Uno de los directores de un consorcio de seguros. Para decirlo de algún modo, se trata de una compañía que asegura los seguros...

—Eso es demasiado complicado para mí.

Lo dejé correr y bebí un trago. Ella hizo lo mismo y luego pidió un cigarrillo. Se lo pasé encendido y permaneció muda un rato, dejándome en libertad para pensar. Sólo que eso era difícil, teniendo al lado unos pechos orgullosos, libres y agresivos con sus rosadas coronas.

Tumbada allí, los ojos casi cerrados, relajada, era una imagen como para subirle la temperatura a un iceberg.

Con voz susurrante dijo de pronto:

—Haz algo práctico en lugar de mirarlos con mirada hambrienta...

—¿Qué?

Movió ligeramente el busto.

—Te los estás comiendo con los ojos, pero para mí eso no es suficiente.

—¿Quieres hacer cosas aquí, en cubierta y con este sol?

—¿Y por qué no?

—Nena, tienes la cabeza hueca. No me gustan los espectadores.

—Entonces, termina la bebida y vayamos abajo. Estuve reflexionando mientras te esperaba, ¿sabes? Se me ocurrieron una serie de nuevas experiencias que quiero probar contigo.

—Eres una ninfomaniaca. Me pregunto cómo te las arreglas en ese pueblo donde vives el resto del año.

—No me lo recuerdes —se estremeció—. Es un nido de víboras chismosas. Afortunadamente, durante este mes de vacaciones recupero todo el placer perdido.

Apuré la bebida y ella arrojó el cigarrillo por la borda. Luego, eché a andar hacia las entrañas del barco y me fui tras ella. Cualquiera no.

Hacer el amor en el estrecho espacio de una litera de un yate, lo crean o no, resulta más bien complicado. Lo sabía por experiencia. Pero si la chica tiene ideas, entonces la cosa es peor porque no hay ninguna postura capaz de evitar que uno rueda a un lado y se dé el gran batacazo en el suelo.

La rubia platino tenía ideas. ¡Y de qué calibre!

La atrapé en cuanto llegamos abajo y al abrazarla ella me ofreció los labios, para que entablara con ellos un diálogo que no está escrito en ningún diccionario. Lo hice y fue bueno. Sentí la

punta lacerante de su lengua abrirse paso en busca de la mía y eso fue sólo el primer síntoma.

Nos quedamos sin respiración y ella apartó un milímetro los labios. Aspiró hondo. La oí susurrar:

—Quítate cosas, pronto..., me muero de impaciencia...

Me dispuse a obedecerla, y en aquel instante el teléfono chilló.

Solté un juramento y conecté la derivación del camarote. Descolgué el auricular y grité:

—¿Quién es, qué pasa ahora?

—¿Kent?

Era una voz engolada, suave y controlada como la de un locutor en plena faena.

—Sí —dije—, Alan Kent.

—Aquí, Asher.

—Debí imaginarlo.

—¿Imaginar, Kent?

—Que sólo podía ser usted tan oportuno, señor Asher.

No captó el sarcasmo. La platinada dama que hurgaba en mis ropas sí lo captó y eso pareció animarla a darse prisa.

—Necesitamos sus servicios, Kent —prosiguió la voz engolada—. Un asunto muy desagradable.

—De acuerdo... Le veré por la mañana en su despacho.

—Nada de eso. Es muy urgente, ¿comprende?

—¿Cómo cuán urgente?

—Tanto como para que me quede esperándole esta noche. En la oficina —puntualizó.

La rubia se había quedado con mi camisa en las manos, semejante a una bandera derrotada. La miré de reojo. Tiró la camisa a un lado y se lanzó a una pelea con mi cinturón.

—Tengo que terminar un pequeño asunto, señor Asher —dije, sintiendo los dedos de seda hundirse donde no debía—. Quizá fuera mejor que...

—Esta noche, Kent —sentenció, implacable—. Y no tarde demasiado. Conozco la clase de asuntos que resuelve usted en ese antro donde vive.

Y colgó.

Me quedé con el auricular en la mano. La rubiales me empujó para que me sentara en la litera y empezó a tirar de mis pantalones.

—¡Espera un minuto, tigresa! —jadeé—. Ese tipo que ha llamado representa...

—No me importa.

—Es la principal fuente que engorda mi cuenta corriente.

—Yo no quiero acostarme con tu cuenta corriente, ni con ese pisaverde del teléfono, así que deja de hablar de ellos.

Tiré el auricular a un lado. Hizo un ruido muy raro al golpear el suelo y después ya no me preocupé más por el maldito aparato.

La chica enarboló en su mano aquel sello de correos que hasta ese momento había guardado el equilibrio entre sus muslos. Rio entre dientes, lo arrojó al aire y saltó sobre la litera.

Realmente, adonde saltó fue sobre mí, porque en la litera no había espacio para dos.

Intenté volver a cazarla, para saborear las mieles de su boca. No lo conseguí. Logró escabullirse, retorciéndose como una serpiente, mientras sus dedos tocaban una loca sinfonía en mi cuerpo, y la llama que parecía brotar de sus labios me quemaba aquí y allá, y al fin, en una extraordinaria demostración de contorsionismo, consiguió llegar adonde quería, y entonces las llamas se concentraron justo donde ella deseaba y el asunto se convirtió en una vorágine que sólo podía tener un final, cuando el placer llegara al éxtasis.

Y lo tuvo, naturalmente.

CAPÍTULO IV

JOHN ASHER cuidaba hasta la exageración cada detalle a su personalidad, desde la inclinación matemática de sus cabellos con ramalazos grises en las sienes, hasta la impecable línea de su pantalón de corte perfecto.

Respiraba prosperidad por cada poro de su piel, y al verle uno tenía la convicción de que se encontraba ante alguien a quien, si llegara la ocasión, hasta el presidente trataría de excelencia.

Yo no era el presidente. Por fortuna.

—Me ha hecho polvo la noche, señor Asher —dijo cuando estreché su mano—. No hay nada tan urgente como eso.

—De modo que no, ¿eh?

—Pudo esperar a mañana por la mañana.

—Yo sí. Dos millones de dólares, no.

Casi salté hasta el techo.

—¿Dos millones? No estará sólo tratando de impresionarme.

Suspiró, echándose atrás en el sillón, semejante a un trono, en que estaba sentado.

—Ojalá fuera sólo eso —dijo, estremeciéndose—. Siéntese y vayamos al grano.

Me senté, encendí un cigarrillo y él rechazó el que le ofrecí.

—La Mutual corre el riesgo de tener que pagar esa cifra, Kent —empezó—. Se da la desgraciada circunstancia que nosotros cubrimos el reaseguro con esa compañía y por eso estoy tan impaciente.

—¿Una póliza de dos millones?

—Suscrita por la Mutual y certificada por nosotros, por el

Consorcio que presido.

Me interrumpió con un gesto impaciente.

—Tenía garantías. Pero sucedió lo que nadie pensó que sucedería. La póliza era sobre un depósito de diamantes. Alguien los robó.

Me quedé helado.

¡Un robo de dos millones de dólares en diamantes!

—¿Cómo es posible que la prensa no haya hablado de eso?

Sacudió la cabeza.

—Nuestros desvelos nos ha costado. No queremos publicidad si podemos evitarla. El caso es que los diamantes se esfumaron, que la Mutual tiene que pagar dos millones y está en la cuerda floja, así que la espada pende sobre nuestra cabeza.

—¿Qué opina la policía?

—Nada. Ellos no opinan. Investigan, según dicen, pero parte de soltar algunos lugares comunes, como que se trata de un trabajo de profesionales y cosas así, hasta ahora no han conseguido absolutamente nada. Y hace cuatro días que los diamantes desaparecieron.

—¿Cuatro días? —salté—. ¿Por qué no me ha llamado hasta hoy si la cosa es tan urgente?

Suspiró. Hizo el mismo ruido que un globo al deshincharse.

—Cometimos la torpeza de dejar que fuera la Mutual quien se encargase de las primeras investigaciones. Destinaron a uno de sus investigadores. Aseguraron que era el mejor elemento que trabajaba en seguros...

—¿Y...?

—Le asesinaron hace dos noches.

Eso me dejó mudo.

—¿Alguien a quien yo conociera...? —indagué al fin.

—No lo creo. Se llamaba Hersey. Estaba a sueldo de la Mutual de modo permanente. Y hay algo más, tan sórdido como eso, Kent.

—Bueno, suéltelo —le apremié al ver que se interrumpía.

—También desapareció uno de los ejecutivos de la compañía, el que iba a trasladar los diamantes. Según opina la policía, también debe haber sido asesinado, aunque hasta ahora no se ha hallado su cadáver.

—¿De dónde volaron los diamantes, señor Asher?

—De la caja fuerte de la compañía Gema Group. Mataron al vigilante nocturno y volaron la caja. Un trabajo perfecto.

—Y ese ejecutivo que ha desaparecido... ¿Cabe la sospecha de que esté en combinación con los ladrones?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Ni la sombra de una sospecha. Era un hombre íntegro, de probada honestidad. En la Mutual lo tenían catalogado como futuro director general. Además, en otras ocasiones había trasladado mercancías aseguradas por la compañía mucho más valiosas que esos dos millones.

—Ya veo.

—Se llamaba, o se llama, si está vivo, Eric Reeles, casado y sin problemas económicos. Incluso había redimido ya la hipoteca de su nueva casa en Hollywood Hills. ¿Quiere sus señas?

—Sí, por favor. Y también las del detective asesinado...

Lo anoté, guardé el pedazo de papel y entonces le espeté:

—Según la Mutual, ese detective, Hersey, era de los mejores. ¿No fue eso lo que usted dijo?

—Ciertamente.

—Si le mataron hace dos noches, llevaba ya dos días investigando. ¿Reportó algún informe, averiguó algo que pueda servirnos?

—Hizo un informe, hasta donde yo sé. Podrá comprobarlo si visita al director de la Mutual por la mañana. Yo le habré puesto en antecedentes por teléfono.

—Bien...

—Sí, ya sé, sus honorarios. Usted es un vampiro, Kent.

—Aún no he dicho nada. ¿Cuánto?

—El diez por ciento de lo que se recupere.

Me quedé sin aliento durante un instante.

—¿Doscientos mil pavos, si consigo echarles la zarpa a los dos millones en diamantes? —dije luego, ahogándome.

—Exacto.

—Ya puede empezar a rellenar el cheque, señor Asher. ¿Sabe usted? Hace tiempo que pienso cambiar los motores de mi cascarón...

—¡Cascarón! —bufó—. ¡Un antro de depravación, eso es lo que tiene usted amarrado al muelle! Y además, vivir allí... No le

comprendo a usted, de veras... Además, no trabaja de un modo regular como toda persona decente.

—Ahora estoy trabajando.

—Ya sabe lo que quiero decir. ¿Desde cuándo no daba golpe, Kent?

Me levanté.

—Usted debería saberlo bien, señor Asher —dije—. Desde que, para que ustedes no tuvieran que pagar todas aquellas pólizas de los incendios, demostré que eran provocados y maté a un hombre. A Luigi Campano, el organizador de la estafa.

—Ya, claro... Eso es lo único bueno que usted tiene, que con los asesinos es una mala bestia.

—Gracias.

—Si no lo fuera, ahora estaría usted muerto. Vaya mañana a la Mutual, investigue y sáquenos del apuro, Kent.

Asentí y me largué de allí.

La noche era cálida, sin un soplo de aire. Caminé hacia donde había dejado el coche dándole vueltas a la cosa. ¡Doscientos mil dólares! No volvería a trabajar hasta que se agotaran, eso estaba decidido.

Vi una cabina telefónica y eso me recordó otra cosa. Entré y marqué el número de la clínica de George.

Me dijeron que se había marchado ya y pregunté por el médico que tuviera a su cargo a la muchacha amnésica. Oí una voz atiplada:

—Soy el doctor Hammer. ¿Quién habla, por favor?

—Alan Kent. Estuve ahí, con el doctor George Appleton, cuando traje a la paciente.

—Le recuerdo, señor Kent.

—¿Cómo está ella?

—Descansa. Se le han aplicado unos sedantes, y dentro de su estado no hay nada que temer. Está muy bien.

—Pero no recuerda nada aún, ¿eh?

—En absoluto. Sin embargo, hemos comprobado que no hay ninguna lesión cerebral. Sin ninguna duda el estado amnésico es un trauma pasajero. El doctor Appleton se lo explicará mejor que yo.

—Lo veré mañana. Gracias por todo, doctor.

Colgué, tranquilizado por ese lado. El hechizo de aquella mujer

continuaba atosigándome.

Arranqué el coche y me fui en busca de la primera de las direcciones anotadas, la del detective asesinado.

CAPÍTULO V

ERA demasiado joven y bonita para haberse quedado viuda. A pesar de la profunda tristeza y el dolor que desbordaban de sus ojos, uno no podía evitar que la imaginación volara por derroteros muy poco acordes con el luto.

—Así, ¿ocupa usted la plaza de mi marido? Bueno..., de mi Harry...

Su voz se quebró.

Yo sacudí la cabeza.

—No —dije—, yo no trabajo así. Me han contratado para esta investigación solamente.

—Entiendo. ¿Y qué cree que puedo hacer yo para ayudarle?

—Pues no lo sé, señora Hersey. Sólo estoy empezando, pero pensé que quizá su esposo comentó con usted algo referente al caso. Si fuera así...

Ella ya estaba negando con gestos bruscos.

—Harry no me hablaba de su trabajo. No le gustaba traer a casa los problemas de la oficina... A menos que se tratara de algo muy extraordinario, no comentaba nunca nada.

—Una póliza de dos millones de dólares es algo extraordinario, a mi modo de ver.

—Por supuesto, y eso explica que se mostrara tan preocupado..., pero no me dijo nada sobre lo que había averiguado, si es que llegó a saber alguna cosa concreta.

—Si le mataron fue porque sin duda llegó cerca de los ladrones, o encontró una pista sólida que seguir.

No respondió. Tenía los ojos enrojecidos y a punto de llorar. Me

miró con temor, como si yo fuera el responsable de su desgracia y siguió parada allí, sin moverse, rígida.

—¿No lo cree así? —insistí.

—Sí..., es probable..., pero yo no sé nada. Es lo mismo que dije a la policía cuando estuvieron aquí. Harry no me habló de ese trabajo.

—Pero sí debió decirle que estaba metido en una investigación importante...

Desvió la mirada. Unas lágrimas rodaron por sus mejillas y fueron a morir en las comisuras de su boca.

—Sí —suspiró—. Eso sí. Pero nada más. No me dijo nada más. Por favor..., quiero estar sola. ¿Lo comprende?

—Naturalmente que sí. Lamento haberla importunado.

Abrió la puerta y esperó que saliera. Mientras la cerraba otra vez, aún pude oír un desgarrado sollozo. Luego, la puerta acabó de cerrarse y me encontré envuelto en sombras y silencioso.

Era una casita de medio pelo en una urbanización también de medio pelo, al otro lado de las colinas. Habían abierto las calles arañando metros de terreno y eran estrechas, aunque bien pavimentadas.

Atravesé el diminuto jardín. No había ninguna luz en las proximidades, sólo la de una ventana de la casa.

Volví atrás asaltado por un súbito presentimiento. Atisé por la ventana iluminada y vi a la llorosa mujer hablando por teléfono. No pude oír una palabra, pero sus gestos eran nerviosos, como si estuviera asustada.

Eso podía explicar el temor que se desbordaba de su mirada triste.

Regresé a la calle devanándome los sesos. Era otro misterio a tener en cuenta.

La segunda dirección, correspondiente al próspero ejecutivo de la Mutual, en Hollywood Hills, era algo muy distinto. Esa sí era toda una casa, ya lo creo. Tenía un jardín, piscina, grandes árboles y una barbacoa espléndida, en un rincón alegrado por una hermosa rosaleda.

Pero la casa estaba vacía. Llamé dos o tres veces sólo para asegurarme y nadie acudió a abrir.

Me fui a dar un vistazo a la piscina. Era enorme, con una de esas

formas delirantes que se han puesto de moda. Un prado de césped recién cortado la circundaba y se extendía por una suave pendiente.

Había un garaje de tres plazas, atrás. Empujé la puerta y una parte de ella se deslizó a un lado, dejándome admirar un bonito «Cadillac» descapotable, último modelo, y un «Mercury» de color cremoso, lleno de cromados por todas partes.

La tercera plaza estaba vacía, aunque debía albergar otro coche normalmente, porque había manchas de aceite en el suelo.

Me pregunté si también esta supuesta viuda estaría asustada y me largué de allí, fastidiado porque no me quedaba más solución que volver al día siguiente.

Estas calles sí eran anchas, verdaderos paseos sombreados por árboles gigantescos que en las proximidades de los faroles creaban hermosas coronas de luz, que se desparramaba entre el follaje.

Abrí la portezuela de mi coche. Como si fuera un truco de prestidigitador, en el cristal apareció una estrella adornada por miríadas de estrías.

De modo instintivo me zambullí sobre el asiento. Una segunda bala aulló al pasar por encima de mí y abrir un agujero en el cristal del otro lado.

Hice una exhibición de contorsionismo para ver de dónde venían los plomos. Vi al coche negro que empezaba a moverse al otro lado. Si hubiera tenido mi «45» a mano hubiera podido hacer algo, pero estaba desarmado y aquellos angelitos podían liquidarme sólo con que tuvieran los nervios bien templados y un poco de sentido común.

Afortunadamente para mí, no tenían ni una cosa ni otra. El motor rugió, el gran sedán cobró velocidad y se largó al diablo con las ruedas chillando contra el asfalto.

Encendí el motor del mío y arranqué en segunda, con el gas a fondo. El «Mustang» pareció encabritarse y pensé que iba a levantar el morro, pero seguía apretando el acelerador y salió como un cohete cuesta abajo.

La portezuela que yo no había cerrado golpeó y se cerró sola por efecto de la velocidad. Las luces del coche negro me llevaban una buena delantera, porque también aquellos tipos tenían prisa, pero mi auto, con el motor trucado y neumáticos casi dos pulgadas más anchos que los normales, podía hacer filigranas si no se interponía

nadie en su camino.

Gané terreno velozmente. Si hubiera tenido una pistola...

Al diablo. No la tenía, así que valía más pensar en otra cosa.

El enorme coche tomó una curva sobre dos ruedas, con un estrépito endemoniado. Mi «Mustang» entró en la misma curva de costado y por un instante pareció que ninguna de las cuatro ruedas tocaban el suelo. Luego se estabilizó con una tremenda sacudida y me encontré casi pegado a la cola del sedán.

Una mano asomó por una ventanilla. Vi incluso la pistola con silenciador y agaché la cabeza.

Mi coche se bamboleó. Asomé un ojo y vi el agujero en el parabrisas. Rechinando los dientes hundí el acelerador hasta el fondo y giré el volante. Hubo un rugido del motor, un salto adelante y me encontré pasándoles a una velocidad de todos los demonios.

Una curva salió a nuestro encuentro. Giré más el volante y los dos coches se estamparon de costado con un millón de chasquidos. Luego, el otro se despegó y yo frené, pero el conductor del sedán hundió el acelerador a fondo otra vez.

Ni siquiera tomaron la curva. El coche siguió recto, los frenos aullaron. Saltaron el bordillo, hicieron trizas una cerca de madera y siguieron saltando por un jardín hasta que, con un estampido semejante a la explosión de una bomba, el coche se estrelló contra un árbol gigante. Creí que lo derribaban, pero el árbol aguantó como un valiente. El coche no.

Saltaron pedazos en todas direcciones, mientras la aplastada masa de metal caía otra vez al suelo después de haberse querido encaramar hacia la copa de la que caía una lluvia de hojas.

Detuve el «Mustang» después de pasar la curva. Salté al suelo y por primera vez oí los gritos de la gente que salía de todo el vecindario.

Del morro del coche se alzaba una oscura columna de humo.

A un tiro de piedra del árbol estaba la casa, y alguien estaba en la puerta, igual que petrificado.

—¡Llame a los bomberos! —le grité.

El hombre desapareció dentro.

Yo asomé la cabeza por una ventanilla del coche desmenuzado. Lo que quedaba de dos hombres parecía estar esparcido por todo el

interior del vehículo.

Me retiré sintiendo el estómago encabritárseme en la garganta. Aquellos dos bastardos no volverían a disparar jamás contra nadie.

Logré escabullirme sin que nadie se fijara en mí, de modo que fui a dar un vistazo a mi propia tartana. Lo que vi me enfureció más de lo que ya estaba. Reparar todo aquello iba a costar un ojo de la cara.

Lo puse en marcha y me alejé sin prisa. De pronto se me ocurrió que aún hubiera costado más repararme a mí si ellos hubieran tenido mejor puntería y eso me consoló.

Enfilé el camino del muelle y para entonces tenía tantas cosas en que pensar, que ni siquiera sabía por dónde empezar.

* * *

Por suerte, el yate estaba desierto. No había ninguna ninfa desnuda esperándome esa noche, lo que me alegró porque mi estado de ánimo no era el más acorde con revolcones lascivos en la litera.

Me quité las ropas, y llevando sólo un short oscuro subí con una botella de bourbon, hielo y tabaco al alcance de la mano, cuando el teléfono chilló allá abajo haciendo añicos el dulce silencio de a bordo.

Bajé echando chispas. La voz de George gritó:

—¡Maldita sea, hombre! Ya era hora...

—¿Qué pasa?

—Te he llamado docenas de veces...

—Estuve fuera. ¿Le sucede algo a la muchacha?

—¡Y tú que lo digas! No quiere seguir en la clínica, pero no tiene adonde ir, ni siquiera tiene dinero para una habitación de alquiler. Supuse que tú decidirías... ¿Qué hago?

—¿Cómo se encuentra?

—Físicamente, muy bien. Le duele un poco la cabeza pero eso es todo. Sin embargo, no hay señales de que vaya a recobrar la memoria de momento.

—Ya veo...

—Bueno, ¿qué decides?

—Es una complicación, porque me han encargado un trabajo endiablado..., temo que yo tampoco podré atenderla. Sin embargo, encarga a alguien que la traiga aquí si ella lo desea.

—¿Al yate?

Parecía escandalizado.

—Naturalmente. Vivo en él, ¿recuerdas?

—Eso no está ni medio bien y tú lo sabes. Esa chica...

—¿Tienes una idea mejor?

—Ahí está lo malo, que no la tengo.

—Entonces, que la acompañen hasta aquí.

—¿Has averiguado algo respecto a ella?

—Nada. En Personas Desaparecidas no hay ninguna denuncia de su desaparición. Es como si nadie la hubiera echado de menos hasta ahora.

—¡Qué cosa más rara...! Oye, la llevaré yo mismo cuando salga, así te daré instrucciones sobre su tratamiento.

—De acuerdo.

Volví a la toldilla, me derrumbé en una tumbona y comencé a darle vueltas a los dos millones en diamantes.

Eran demasiados diamantes para pensar en ellos con calma.

CAPÍTULO VI

DESPERTÉ al alba, cuando la suave luz de un día que nace pelea a brazo partido contra las tinieblas de una noche moribunda. El mar tenía un color grisáceo a esa hora incierta.

Me vestí y fui a dar un vistazo a mi invitada.

La muchacha dormía y la extraña belleza de su rostro se me antojó irreal, como algo que no fuera de este mundo.

Mientras estaba mirándola desde la puerta del camarote, abrió los ojos y esbozó una sonrisa.

—Hola —dije—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien...

—Sigue durmiendo, es temprano todavía.

—Alan...

—¿Sí?

—Ayúdame.

Así de sencillo.

—Haré todo lo que pueda. Por el momento ya sabemos que nadie acudió a la policía para denunciar tu desaparición. Eso ya es un dato.

—Pero desalentador —suspiró—. Es como si no hubiera nadie en el mundo que se preocupara por mí... Como si estuviera sola...

—Tal vez no tienes familia. Por lo menos, en Los Ángeles.

—¿Sabes? Le pedí al doctor que... que me examinara. Es un buen médico, comprensivo y amable...

—¿Y qué?

—Él dice que no he tenido hijos. No encontró señales de ningún parto.

Desvió la mirada, como si eso fuera algo vergonzoso.

—Así es mejor, a mi modo de ver —la animé—. Por lo menos no debes sufrir por ellos. Todo lo que tienes que hacer es descansar, reponerte. Lo demás se arreglará por sí solo.

—Pero no puedo quedarme a vivir aquí, Alan.

—¿Qué te lo impide?

—Bueno..., no está bien.

—Ya veo. El matasanos te llenó la cabeza de ideas sobre mí, ¿eh?

—En realidad, me contó algunas cosas.

—Es un maldito bocazas. Pero si le temes a las orgías que según él se celebran aquí, olvídale.

Sonrió, y de nuevo su sonrisa fue la luz que la envolvía en una aureola de hechizo.

—No me preocupan demasiado —murmuró—. Quizá yo misma sea... Quiero decir que a lo peor soy una cualquiera.

—No digas tonterías. Tú tienes clase, muchacha, y si hay algo de lo que yo entiendo es de conocer a las mujeres. Cuando recuperes la memoria me darás la razón. De momento, encontrarás café en la cocina. Puedes disponer del barco mientras yo esté fuera. Menos navegar por tu cuenta, puedes hacer lo que se te ocurra.

—¿Vas a salir?

—Me hicieron un encargo ayer. Un trabajo profesional.

—¿Como el que te llevó a matar a un pistolero?

Di un respingo.

—¿También te contó eso el matasanos?

—Sí, me lo contó.

Ahogué un juramento y la dejé allí, con sus grandes ojos fijos en mi nuca hasta que hube salido del camarote.

En la cabina tenía un armario de seguridad. Lo abrí y de un rincón extraje un revólver de cañón corto. Era un «38» pesado y macizo que me había sacado de más de un apuro. Había allí también un «Colt» automático del «45», pero era un arma demasiado grande para andar ligero de ropa de un lado a otro.

Así que sujeté una funda de cuero al cinturón, comprobé la carga del revólver, y dejando colgar la camisa fuera de los pantalones desapareció de la vista.

A la luz del día, los desperfectos del coche se mostraron con

toda su descarnada violencia. Aparte de los impactos de bala en los cristales, allí donde la carrocería se había estampado contra el costado del sedán de los pistoleros estaba arrugada y descascarillada como la piel de un viejo centenario. No me gustó poco ni mucho.

Lo puse en marcha y me encaminé a un taller cercano a los muelles. Conocía a los mecánicos y dejé el «Mustang» en sus manos, rezongando al oír su valoración en metálico de los daños.

Tomé un taxi y le di al chófer la dirección de la compañía de seguros donde había empezado el caso.

La Mutual era una de esas compañías de segunda fila, más o menos sólidas, pero con ínfulas de mucha más categoría de la que tenían.

Hube de pasar por tres secretarias antes de llegar a la oficina del director. Para entonces mi humor no estaba precisamente en uno de sus momentos más brillantes.

Se llamaba Gavin y ya había hablado con Asher. Además tenía en la cara una expresión de perpetuo descontento, como si le dolieran las muelas.

—Síntese, Kent —gruñó—. Asher asegura que es usted muy bueno en su trabajo.

Me senté, le miré, decidí que el tipo no era santo de mi devoción y dije:

—También usted le dijo a él que su detective, Hersey, era bueno, y ahora está muerto. Si lo hubiera sido realmente aún viviría.

Arrugó el ceño.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Que alguien cometió una equivocación en este asunto.

—Oiga, Kent, no creo que se le haya contratado a usted para que critique nuestros métodos de trabajo, sino para que recupere los diamantes robados. ¿Está de acuerdo en eso?

—No del todo. Sus errores no me importan, a menos que compliquen mi trabajo. Y en este caso lo complican, y de qué modo. Pero no es discutiendo como voy a ganarme el diez por ciento, así que vayamos al grano. ¿Cuándo desapareció ese ejecutivo que debía trasladar los diamantes?

—El mismo día del robo. Bueno, el robo se cometió la noche de ese día, quiero decir. Salió de las oficinas al mediodía para ir a

comer y ya no regresó.

—¿Nadie se inquietó por su ausencia?

—Naturalmente que nos preocupamos. No era propio de un hombre íntegro y cumplidor como él desaparecer sin ningún aviso. Pude saber que había comido en el restaurante de costumbre, pero a partir de ahí ya nadie pudo darme razón.

—Se llamaba Reeles, si no me equivoco...

—Eric Reeles, ciertamente. Uno de nuestros mejores ejecutivos.

—¿Qué me dice del detective asesinado?

—También era bueno en su esfera. Hacía años que trabajaba en nuestra compañía. Había resuelto algunos casos verdaderamente importantes.

—¿Quién podría hablarme de su método de trabajo? Ya sabe, cómo acostumbraba reportar sus investigaciones, cómo entregaba los informes..., todo eso,

—Martin Jones era su superior inmediato. Hable usted con él cuando salga de este despacho.

—De acuerdo. Pasemos a otro punto. La esposa de Hersey.

Enarcó las cejas, sorprendido.

—¿La mujer de Hersey? —gruñó—. No veo que...

—Yo sí veo, señor Gavin. Hablé con ella anoche. Esa mujer está destrozada por el dolor, pero también tiene un miedo cerval. ¿Se le ocurre alguna razón por la que ella pueda tener miedo?

—Me parece que ve usted fantasmas. Es lógico que ella sufra por la muerte de su marido. Pero lo del miedo es una apreciación muy subjetiva por su parte, Kent.

—Está terriblemente asustada —insistí—. Lo noté y no me gustó.

—¿Piensa quizá que le han amenazado también a ella?

—Pudiera ser. Como puede tratarse de otros motivos diferentes. Bien, ¿quiere anunciarme a ese Martin Jones, por favor?

Pareció sorprendido por la brevedad de mi visita, pero conectó un interfono, dijo algo a su secretaria personal y ésta apareció en la puerta.

—Acompañe al señor Kent al despacho del señor Jones, por favor.

La chica me acompañó, naturalmente, al despacho del señor Jones. Pero después de verla moverse delante de mí, con sus redondas caderas oscilando como las de una bailarina oriental,

hubiera preferido que me acompañara a un lugar más discreto, más íntimo y más cálido. Ya saben, un lugar con una cama.

El despacho del tal Jones no tenía precisamente una cama. Era unos grados menos lujoso que el del señor Gavin, y desde su ventana se disfrutaba de una triste panorámica de otras ventanas adornadas con gentes atareadas que iban y venían, al otro lado de una calle estrecha. Contemplar todo el día ese embrutecedor panorama debía ser capaz de acabar con la cordura de uno.

Jones era alto, delgado, de cara esquelética y ojos fulgurantes. Estrechó mi mano con energía, murmuró algo respecto a lo macabro de nuestro trabajo, supongo que refiriéndose a la muerte de mi antecesor, y luego entró en materia.

—Hersey había presentado un solo informe —explicó—. Pero no hay nada concreto en él. Fue sólo una justificación de su tiempo los dos primeros días de trabajo.

—A pesar de eso, me gustaría darle un vistazo.

—No hay ningún inconveniente, por supuesto.

Registró uno de los cajones de su mesa y extrajo dos hojas de papel mecanografiadas. Vi que al final de cada una había la firma y rúbrica de Harry Hersey. Todo muy protocolario.

Lo leí. Tal como Jones dijera, no había nada aprovechable allí. Hersey se había movido de un lado a otro sin obtener nada.

—Y al día siguiente le mataron... —comenté, intrigado.

—Así fue.

—Si en dos días no había conseguido ni una pista, es muy extraño que en pocas horas descubriera algo tan importante como para hacerse matar.

—Usted debe saber mejor que yo las sorpresas que proporciona su clase de trabajo, Kent —comentó, sonriendo.

—Eso es cierto. ¿No informó nada más, ni siquiera por teléfono? Sacudió la cabeza.

—Por lo menos, yo no sé que lo hiciera.

—Entiendo. Bien, gracias por todo.

Volvió a estrechar mi mano y me largué al diablo de allí. Debo tener algún complejo, o alguna clase de fobia contra los empleos regulares, porque sólo imaginar que pudieran encerrarme durante ocho horas entre aquellas paredes me daba dentera.

Encontré al teniente McLeod en su despacho. Parecía alicaído y

amargado.

—Tienes mal aspecto —dije como saludo—. ¿Qué pasa, no hay suficientes crímenes en la ciudad para justificar tu sueldo?

—Eras lo único que me faltaba —se quejó—. Siempre tan oportuno... ¿A quién buscas esta vez, ha desaparecido otra fulana?

—La que buscaba cuando estuve aquí no había desaparecido, ya te dije que era al revés.

—Sí, ya sé. Pero aún no ha presentado ninguna denuncia contra los que intentaron asesinarla. A propósito, ¿la violaron también antes de echarla al mar con la cabeza abollada?

—No. En eso tuvo suerte.

—Profesionales —rezongó.

—¿Qué?

—Trabajo de profesionales —insistió—. Iban a lo suyo. Tú dijiste que era una mujer muy guapa.

—Y lo es.

—Por eso. Si hubiera sido la chapuza de unos aficionados, no habrían desaprovechado la ocasión de darse un lote con ella, antes de liquidarla.

—¿Y adónde te llevan todas estas reflexiones?

—A que cada momento que pasa me interesa más esa mujer.

—Vendrá aquí tan pronto esté en condiciones. Yo mismo la traeré.

—¿Dónde está ahora?

Mentirle a la policía no es cosa recomendable, a menos que sea muy necesario.

—En una clínica —dije—. Quizá consigan que recobre la memoria.

Asintió sin añadir más comentarios, que era lo que yo deseaba.

—Háblame del asesinato de un tal Hersey —le solté de pronto—. Era un detective de seguros.

—Ya has metido la nariz en el bote, ¿eh?

—Seguro. Voy a hacer el trabajo que realizaba él cuando le mataron.

Sonrió como un chacal.

—¿Sabes una cosa? —dijo, risueño—. Quizá tal vez te encuentres con la horma de tu zapato, querido amigo.

—Mándame flores si es así, pero de momento dime cómo le

mataron, cuándo, dónde y en qué circunstancias. Con eso me conformo.

Se echó atrás y me miró un buen rato con el ceño fruncido.

—Le pegaron dos tiros en la nuca —dijo de pronto—. La mitad de su cabeza voló por los aires. Lo encontró un vigilante de los muelles de carga del puerto.

—¡Eh! —exclamé—, ¿No será de este caso del que hablabas con aquel tipo cuando estuve aquí?

—¿Qué tipo? Oh, la sucia rata de muelle —exclamó al recordarlo—. No, era otro caso que también se las trae. ¿Qué más quieres saber?

—¡Maldita sea! El caso de Hersey, ¿recuerdas? Estábamos hablando de él. Sólo me has dicho cómo le mataron, pero nada más.

—No hay más. Ni una pista, ni siquiera la sospecha de que vayamos a encontrarla en cualquier momento. Nada. Un crimen bestial, cobarde y absurdo. Ese Hersey ni siquiera iba armado, y no había señales de lucha ni de que hubiera intentado defenderse.

—¿Dirías que le mató alguien de quien él no sospechaba? ¿Alguien que pudo haber estado hablando con él, por ejemplo?

—Pudo suceder así. O pudo suceder de otra manera. Quizá esperaba a alguien, y el asesino llegó hasta él por la espalda, en silencio, le pegó los dos tiros y se esfumó. Punto. Trabajo de experto.

—Hersey era un profesional de la investigación. Estaba a sueldo de la compañía de seguros, por consiguiente no creo que se dejara sorprender desprevenido de ese modo.

Se encogió de hombros.

—Puedes elegir la teoría que prefieras, Kent, todas son igualmente válidas hasta que demos con la verdadera.

—¿Qué sabes de su mujer, la interrogaron?

—Por supuesto. Fue un mal trago, porque estaba materialmente deshecha.

—¿Dijo algo que tuviera interés?

—Nada. Su marido no solía hablarle del trabajo, y en el estado en que se hallaba tampoco hubiera recordado nada incluso sabiéndolo.

—Ya veo... Supongo que la compañía para la que trabajaba Hersey te diría qué era lo que investigaba...

Asintió.

—Un robo de diamantes. Han movido influencias de todos los calibres para que el caso no se haga público, por lo menos mientras no puedan informar a la prensa del éxito de la investigación.

—Entiendo.

—¿Algo más que pueda hacer por ti? —preguntó con chirriante sarcasmo—. Nosotros te hacemos el trabajo y tú cobras.

—Y pago los impuestos con los que te pagan el sueldo. ¿Qué me dices del ejecutivo desaparecido, ese tal Reeles?

—De eso debes saber tanto como nosotros.

—¿Le habéis investigado?

—Por supuesto. Intachable en todos los aspectos.

—¿Y su mujer?

—Lo mismo, una esposa perfecta y feliz.

—Intenté hablar con ella anoche. No la encontré en casa.

—Quizá se fue a pasar unos días con sus familiares. También ella recibió un golpe terrible. Lo averiguaré porque yo también deseo interrogarla ahora que debe estar más calmada.

Lo dejé correr. Por ese lado no me ganaría los doscientos mil pavos.

Antes que pudiera despedirme él gruñó:

—Te he dado un montón de trabajo hecho, así que no lo olvides a la hora de corresponder.

—Te informaré de cuanto averigüe. Siempre lo hago.

—De eso quisiera estar seguro...

Le dejé detrás de su desordenada mesa.

No quise mencionar mi encuentro con los pistoleros. La muerte de aquellos dos bastardos podía producirme un sinfín de dolores de cabeza, o cuando menos una excesiva pérdida de tiempo.

Otro taxi me llevó una vez más a la residencia de los esposos Reeles, pero tampoco tuve suerte. No había nadie en casa.

De día la propiedad era impresionante y el jardín acusaba los desvelos de un experto. La noche anterior ya había advertido que el prado de césped estaba recién cortado.

En alguna parte se oía el runruneo de una segadora a motor haciendo su trabajo. Caminé hasta el seto que separaba el jardín del otro vecino. Había un hombre segando el césped con la máquina automática.

Le grité algo y él levantó la cabeza. Dio un respingo al verme, paró el motor y vino trotando hacia mí hasta que sólo nos separó el espesor del seto vivo.

—¡Oiga! —ladró—. ¿Qué está haciendo ahí?

—Busco a la señora Reeles.

—No está.

—Eso ya lo sé. ¿Es usted el jardinero que cuida el jardín de los Reeles?

—Seguro. Y el de otras cinco casas. ¿Por qué?

—Necesito encontrar a la señora Reeles cuanto antes...

—¿Por qué, es usted policía?

—Detective privado. Trabajo para la compañía de seguros en que trabajaba el marido.

—Entiendo...

—¿Puede decirme dónde está ella?

—Lo ignoro. Se marchó de aquí el mismo día de la muerte de su marido.

—¿Ya sabe seguro que está muerto?

—Bien, todo el mundo lo cree así, incluso los dos de la compañía, que fueron quienes hablaron primero con ella. Y luego, cuando vino la policía, también parecían creerlo.

—¿Cuándo estuvo aquí la policía?

—La misma tarde que el señor Reeles desapareció. Tengo entendido que los de la compañía lo denunciaron tan pronto advirtieron su falta.

—Ya veo. ¿Desde entonces no ha vuelto usted a verla?

—No, señor. ¡Eh, oiga! ¿Cree que también le ha sucedido algo?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Ahora que lo menciona usted, sí que resulta extraño... Ayer estuve trabajando todo el día en ese jardín —dijo, señalando el de los Reeles—. Ella no apareció por aquí.

—Bueno, quizá fue a pasar unos días con sus familiares. ¿Sabe usted si los tenía?

—Pues no...

—Está bien, gracias por todo.

Lo dejé allí, rascándose la cabeza un tanto perplejo y alarmado. Las cosas cada vez me gustaban menos. Primero, se había esfumado el marido, y la misma tarde la mujer desaparecía sin dejar rastro.

Volví a pensar que dos millones de dólares eran una condenada tentación incluso para un tipo intachable.

Me costó localizar un taxi, y cuando al fin lo encontré me hice conducir al muelle. Necesitaba calma para ordenar el embrollo de ideas que me danzaban en el cerebro.

CAPÍTULO VII

DE alguna parte había sacado un bikini reducido a su mínima expresión y estaba tendida bajo el sol. Y si había una mujer perfecta en este podrido mundo, juro que era ella.

Su cuerpo era una filigrana de proporciones justas, con voluptuosidades allí donde debía haberlas, una cintura grácil que daba paso a las tentadoras caderas y unas piernas largas, sin un gramo más del que debían tener.

Yo la recordaba tal como la viera al sacarla del agua, pero no supe si en el breve espacio de tiempo había embellecido más aún, o era el contraste del bikini negro lo que me fascinaba de aquel modo.

Sonrió y dijo en un murmullo, como si adivinara mis pensamientos:

—Me lo prestó la amiga de Arthur... ya sabes, la pelirroja.

—Te sienta de maravilla. ¿Estuvieron aquí esta mañana?

—Sí, pero se fueron pronto. Había una chica que estaba muy preocupada por ti.

—¿Cuál?

—No sé cómo se llama... tiene una cabellera larga, platinada. Bueno, tiene también otras cosas, claro.

—Ya sé.

Con los ojos semicerrados me miró con ironía.

—Ya imagino que sabes perfectamente todo lo que tiene...

—¿Otro comentario ingenioso?

—Olvídalo, no quise meterme en tu vida privada, Alan.

—No lo hiciste. Voy a buscar algo de beber. ¿Quieres también un trago?

—Ahora no, gracias.

Bajé al camarote. Estaba más ordenado de lo que estuviera nunca. Oculté el revólver, me quité las ropas y me puse un slip de baño. Luego llené un vaso con whisky y hielo, tomé el tabaco y subí a reunirme con mi invitada.

Durante un rato ninguno habló, dejándonos acariciar por el sol y el aire del mar, tibio y salobre. Después, ella murmuró:

—¿Qué estuviste haciendo?

—Ir de un lado a otro. Rutina.

—¿Descubriste algo sobre mí?

—Aún no, pero la policía quiere que presentes una denuncia contra los que te atacaron.

—¿Crees que servirá de algo?

—Por lo menos, hará que empiecen a buscarlos. Siempre resultará una ayuda.

—Entonces, iré cuando tú puedas acompañarme.

—¿Sabes? No estoy muy seguro que desee hacerlo.

—¿Por qué no?

Titubeé. Aquello me parecía una estupidez, pero de cualquier modo lo dije:

—Porque te irás tan pronto descubras quién eres.

Se incorporó sobre un codo para mirarme a la cara.

—¿Tanto te importaría? —musitó.

—Creo que sí.

—¿Por qué? No puedes haberte enamorado de mí, estas cosas no suceden así, de repente, y sin que sepas siquiera quién soy, ni lo que soy.

No repliqué, limitándome a fumar en silencio. O quizá no dije nada porque no estaba seguro de mí ni de lo que ella me inspiraba.

Volvió a tenderse perezosamente de cara al sol, cerró los ojos y me dejó en libertad para pensar.

Lo hice, barajando multitud de interrogantes, luchando por apartar a mi desconocida de todo lo demás.

Ignoro cuánto tiempo duró aquella situación. El calor del sol, el arrullo del mar y el silencio hicieron que me sumiera en una pesada modorra que ella rompió finalmente.

—¿Alan?

Abrí los ojos, sobresaltado. Ella estaba inclinada sobre mí, con

su cara muy próxima a la mía.

Fue algo espontáneo, irreflexivo. Ninguno de los dos lo pensó siquiera. Pero me incorporé un poco y mi boca encontró la suya, y resultó una experiencia maravillosa, un éxtasis como nunca antes había experimentado.

Y no fue más que un beso, una caricia que su boca absorbió con mi aliento. Luego, ella presionó sus labios en los míos y el éxtasis burbujeó en cada uno de nosotros como la lava de un volcán.

La encerré entre mis brazos, sintiendo la piel suave de su cuerpo contra el mío, y en mis manos y hasta en lo más profundo de mis sentidos, algo turbador como una droga.

No se resistió ni esbozó un sólo gesto de rechazo. Simplemente, el beso nos unió de un modo perfecto, natural como el hecho de respirar.

Después, ella apartó la cara y se quedó mirándome, su boca jadeando sobre la mía a menos de media pulgada.

—Lo deseaba —susurró.

—Eso he debido decirlo yo.

—¿Qué más da?

Mis dedos se llenaban con el calor de su cuerpo. Sentía las agudas puntas excitadas de sus pechos presionar contra el mío. Parecía como si quisiera fundirse dentro de mí, o yo dentro de ella.

—¿Ya has decidido qué es lo que sientes por mí? —indagó con una voz que apenas oí.

—No estoy seguro. Quizá sólo deseo... o tal vez estoy empezando a enamorarme de ti. O una mezcla de ambas cosas, pero soy incapaz de pensar teniéndote pegada a mi piel de este modo.

—Alan... ¿Has pensado lo que sucederá si realmente soy una mujer casada?

—No.

—Ambos podemos hacernos mucho daño si es así.

—Me preocuparé de todo eso cuando llegue su momento. Ahora soy incapaz de pensar en nada más que no seas tú y en tu aliento en mi boca, y tu cuerpo en mis manos, y esa delicia infinita que provocas con sólo sentirte mía de este modo.

—¿Quieres que sea tuya?

No tuve que pensarlo.

—Sí —dije—. No hay nada en este mundo que desee con más

intensidad.

Volvió a dejar que su boca cayera en la mía y esta vez su lengua tomó parte activa en el combate. Fue como si una corriente de alto voltaje azotara todo mi cuerpo.

Después, sin aliento, se apartó de mí, levantándose. Noté que temblaba ligeramente.

—Yo también te deseo —susurró—. Creo que te deseo desde que te vi. Pero tengo un miedo espantoso.

—¿Por qué? No soy ningún salvaje.

—No lo entiendes. Tengo miedo de que haya un marido en alguna parte, esperándome. ¿Qué sucederá si nos entregamos el uno al otro, ahora, y después he de volver con otro hombre?

—Es todo un dilema, ciertamente. ¿No puedes recordar absolutamente nada de tu pasado?

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

Viéndola en aquel escorzo, de pie allí, siluetada contra la violenta luz del sol, apenas pude dominar el instinto que me empujaba hacia ella.

—Vamos a tomarnos tiempo —decidió—. Yo quiero ser tuya sin reservas, total y absolutamente tuya, sin sombras que enturbien nuestra entrega, nuestro gozo, el éxtasis sublime del amor derramándose de uno al otro... Quiero gozar de cada segundo que estemos unidos.

—¿Y cómo crees que podrás lograr todo eso?

—No lo sé. Quizá si pudiera recordar y no hubiera nadie esperándome en ninguna parte. O si llegara a creer que, aunque lo hubiera, tú eres mi horizonte y la única razón de vivir. Es sólo un poco de tiempo, Alan.

Asentí. No tenía ningún derecho a presionarla.

—De acuerdo, pequeña mía, la decisión depende de ti.

Incluso con el reverberar del sol que casi me cegaba pude vislumbrar el brillo de las lágrimas en sus ojos. No quiso que la viera llorar y dando media vuelta desapareció escaleras abajo.

Sentí una terrible añoranza al dejar de verla, como si se apagara el sol, o las ansias de vivir. No tenía sentido y no podía comprender cómo había sucedido.

Me levanté de un brinco, incapaz de permanecer allí ni un segundo más. Bajé, me vestí, cargué con el revólver y dije en voz

alta:

—He de irme. ¿Estás bien?

Desde el otro lado de la puerta del camarote en que se había encerrado murmuró algo. Oí un ahogado sollozo y abandoné el barco con un profundo sentimiento de culpabilidad.

CAPÍTULO VIII

LA viuda de Hersey se quedó en el umbral, mirándome con aquellos ojos húmedos y asustados.

—¿Otra vez usted? —suspiró con reproche.

—No le robaré mucho tiempo. ¿Puedo pasar?

Titubeó. Incluso atisbo por encima de mi hombro, como espiando la desierta calle. Al fin, sin ninguna cordialidad, se apartó para dejarme entrar en la casa.

Me guio hasta el saloncito que ya conocía. Se retorció las manos en un gesto nervioso, irreflexivo.

—No puedo decirle nada más que lo hablado anoche —dijo anticipándose a cualquier pregunta por mi parte.

—Yo creo que sí.

—¿Cómo?

Casi se olvidó de respirar.

—Señora Hersey —le espeté—. ¿De qué tiene miedo?

—¿Miedo? Está loco...

—Anoche estaba mortalmente asustada. Y ahora está aún peor, no puede controlar sus nervios. Comprendo el dolor por la trágica muerte de su marido, pero eso no evitará que yo llegue hasta el fondo de todo este maldito asunto.

—¿Está amenazándome?

—En cierto modo sí.

Levantó el brazo y en su gesto melodramático señaló la puerta.

—Salga de mi casa —balbuceó.

Le faltaba energía. Y el miedo que experimentaba se le convertía en pánico y parecía brotarle hasta de los poros de la piel.

Decidí dar un paso más y dije:

—Cuando me separé de usted, anoche, corrió a llamar a alguien por teléfono. La vi hablar, y cada uno de sus gestos era la confesión de un pánico cervical.

Creí que iba a desmayarse. Hubo de tomar asiento porque era evidente que sus piernas apenas podían sostenerla.

—¿A quién llamó, señora Hersey?

Sacudió la cabeza y ya no resistió más. Empezó a llorar y los sollozos sacudieron todo su cuerpo.

—¿No desea que su marido sea vengado, no quiere que se haga justicia?

Me miró por entre el torrente de lágrimas. Fue incapaz de hablar.

—Quizá deba decirle algo más aún —añadí—. Cuando me marché de aquí, después de verla hablar por teléfono, fui a casa del señor Reeves, el alto cargo de la compañía desaparecido. Allí, dos pistoleros intentaron asesinarme. ¿Cree que ese atentado estuvo relacionado con su llamada telefónica?

—¡Por piedad! ¿No puede dejarme en paz, no tiene siquiera la decencia de respetar mi dolor?

—Si está ocultándome datos esenciales, no.

—¡Pero yo no sé nada!

—Dígame a quién telefoneó anoche, pero que sea la verdad, porque lo comprobaré.

Ocultó la cara entre las manos y siguió llorando.

Esperé, dándole tiempo a serenarse un poco.

Una eternidad más tarde, sin levantar la cabeza, empezó a hablar con voz tensa y ronca.

—Me amenazaron —dijo—. Un hombre horrible... me dijo todo lo que me harían si no les obedecía, y si no les decía la verdad.

—¿La verdad de qué?

—Querían saber si mi Harry me había contado algo del caso en que trabajaba. Para entonces, él ya estaba muerto... y lo que dijeron que me harían a mí me horrorizó... fue espantoso, una pesadilla.

—Siga, tendrá protección si todo eso es cierto.

—Pude convencer al hombre del teléfono que no sabía nada del trabajo de mi marido. Entonces me ordenó que le avisara siempre que alguien viniera a interrogarme. Debía decirle el nombre del

visitante, quién era y lo que hablásemos. Para eso me dio un número de teléfono.

—Al que usted llamó cuando yo me fui.

Asintió con un gesto.

Y añadió con voz que temblaba:

—Y ahora tendré que llamar otra vez, porque me dijeron que vigilarían esta casa. Ya deben saber que está usted aquí. ¡Y lo haré! ¿Se da cuenta? No quiero que me hagan todas aquellas monstruosidades.

Estaba casi histérica. El pánico es un mal consejero.

—Cálmese —dije—. Podrá llamarlos, no pienso impedirselo. Pero deme ese número de teléfono para que podamos acabar con esta amenaza.

Lo tenía anotado en un pedazo de papel. Lo copié y le devolví el original.

—Ahora escúcheme y haga todo lo que yo le diga si quiere salir con bien de este atolladero. ¿Comprende?

Asintió. La pobre mujer estaba destrozada entre el dolor y el miedo. Pensé que alguien debería pagar por eso.

—Cuando llame a esos bastardos, díales que estuve aquí una vez más y que le hice preguntas sobre el trabajo de su marido, entre ellas si le había dicho qué buscaba en los muelles. Debemos hacer que se inquieten... Se me ocurre que quizá con un farol consigamos que alguien se ponga nervioso. Díales que le interrogué sobre qué buscaba en ese lugar concreto del muelle. ¿Lo recordará?

—Sí..., pero ellos...

—Irán a por mi pellejo.

Me miró con sus grandes ojos muy abiertos. Le sonreí y dije:

—Yo no soy una buena persona como su marido. Es más, un tipo muy importante dijo de mí que era una mala bestia. Llámeles y regádeles los oídos con lo que acabo de decirle. Después de todo quizá no sea sólo un «farol». Uno nunca sabe a qué atenerse en este endemoniado oficio.

Seguía mirándome de aquella manera que daba pena. Antes de encaminarme a la puerta aún añadió:

—Voy a volver a casa de los Reeles, señora Hersey. Eso también puede decírselo a esos bastardos.

La dejé allí y me fui. Sólo que de pronto vino detrás de mí y me

alcanzó cuando ya había abierto la puerta de la casa.

—¡Espere! —jadeó.

Me volví. Tenía la cara tan pálida como un sudario.

—Si los encuentra... si descubre quién mató a mi pobre Harry...

—¿Sí?

—¡Mátelo! No deje que los abogados le saquen de la cárcel con sus trucos... ¡Mátelo!

—Tómelo con calma. Llámelos por ese teléfono cuando yo me haya ido.

Sus dedos como garfios se clavaron en mi brazo con toda la fuerza de la desesperación.

—¡Tiene que matarlos! —jadeó—. ¡Sé que usted puede hacerlo... usted sí...!

Mi odio contra los asesinos de su marido creció hasta el infinito al ver la hermosa cara de esa mujer, distorsionada, crispada por una mezcla atroz de sentimientos contradictorios. Odio, terror, ansias de venganza que habían despertado en ella súbitamente, tan pronto vio la oportunidad. Y un dolor profundo y desamparado que se mezclaba con todo lo demás.

La oí llorar durante todo el tiempo que tardé en atravesar el pequeño jardín. Después, ella cerró la puerta y yo me alejé calle abajo, atento a los posibles espías.

Pero no vi ni rastro de ellos.

Tomé un taxi y me dirigí a una casa de alquiler de coches.

* * *

Pasé a velocidad normal por el amplio paseo bañado de sol y allí estaban.

Dos tipos inmóviles dentro de un coche negro, grande y brillante. Por lo visto no querían desentonar en el vecindario.

Doblé en la primera esquina. Conducía un «De Soto» gris de ocho cilindros con el que confiaba poder controlar la situación si había que correr.

Di la vuelta a toda la manzana, subiendo una ligera cuesta. Cuando estuve otra vez en el paseo fui a parar delante del jardín de los Reeles.

Sólo para que me vieran bien, atravesé el jardín y llamé a la puerta, donde esperé.

Por el rabillo del ojo vi cómo uno de ellos se apeaba del coche

negro, atravesaba el paseo y se detenía junto a mi «De Soto». Le dio un vistazo y luego se apartó caminando por la acera.

Pero no fue muy lejos. Se detuvo, encendió un cigarrillo, y esperó a menos de diez metros del coche.

Nadie acudió a mis llamadas, aunque eso ya lo esperaba, de modo que volví por donde había venido. Yo también me paré un instante al lado del coche alquilado, dándoles tiempo.

El sedán negro puso el motor en marcha. Noté la ligera columna de humo que brotó del tubo de escape. Pero no se movió, naturalmente.

El tipo de la acera se puso en marcha como un paseante cualquiera. Llevaba la mano derecha hundida en el bolsillo de la americana.

Debían crearme idiota integral.

Aún le faltaban cinco pasos para llegar a mi altura y yo ya tenía el revólver en la mano, oculto por la carrocería. Abrí la portezuela.

Entonces se decidió. Sacó la mano del bolsillo empuñando una pistola equipada con silenciador. La levantó y yo disparé primero.

No hice más que un disparo. Era más que suficiente porque no pasaba semana que no acudiera a los túneles de tiro de la policía para entrenarme y estar en forma.

La bala le pegó en el pecho tirándole de espaldas. Me dejé caer de rodillas, mientras el trueno de mi «38» retumbaba en el silencio de la tranquila calle.

Oí rugir el motor del otro coche. El tipo que lo conducía disparó a través de la ventanilla abierta, pero falló. No se puede conducir un coche y disparar con acierto a menos de ser un fenómeno.

Salté dentro del mío y arranqué cuando él empezaba a ganar velocidad. Hundí el acelerador y esta vez yo tenía una pistola en la mano, así que no había por qué darles ninguna oportunidad.

Pegué el morro del «De Soto» a la cola del fugitivo. Quedaban cinco cartuchos en mi revólver. Saqué la mano por la ventanilla y los disparé uno tras otro, como en la galería de tiro. Cinco pesados plomos hicieron chispas el cristal trasero, y algunos de ellos reventaron la cabeza del pistolero arrojándole contra el volante.

Frené a tiempo, porque el sedán perdió velocidad, dio un bandazo y cuando le pasé como un rayo estaba encaramándose a la acera como un potro desbocado.

Fue lo último que vi de él antes de doblar una esquina y alejarme de aquella vecindad. Estaba seguro que ahora sí empezarían a inquietarse de verdad.

De todos modos, notaba un sudor frío deslizándose por todo mi cuerpo. No es una sensación agradable ni mucho menos porque es el sudor del miedo y los nervios, mezclado con la agria náusea de matar a un hombre.

Conduje hacia el centro, en busca del hombre que, con un poco de suerte, iba a pagarme doscientos mil dólares.

CAPÍTULO IX

—SIEMPRE pensé que estaba usted vivo, porque tiene los mismos escrúpulos que un caimán.

Asher parecía satisfecho de cómo marchaban las cosas, después de escuchar mi escueto informe.

—Teniendo en cuenta que han muerto cuatro hombres —dije, no obstante—, ese comentario suyo evidencia que en cuanto a sentimientos humanitarios, usted y yo somos gemelos, señor Asher.

Se estremeció.

—Ese comentario pudo haberlo ahorrado, Kent —rechinó de mal talante—. Después de todo, esos hombres eran asesinos que se disponían a matarle a usted... y ya habían matado antes.

—Lo sé. Cuatro bajas, en una pandilla especializada en diamantes, debe ser el máximo que puedan soportar sin quedar al descubierto. Quiero decir que no deben disponer de muchos más.

—¿Y...?

—Quizá eso obligue a los cerebros de la operación a intervenir personalmente. Y pienso que ellos son quienes conocen el paradero de los diamantes.

Enarcó las cejas, sorprendido.

—Es cierto —masculló—. Está acercándose mucho a la meta, Kent.

—Me acerco a los doscientos mil dólares, señor Asher. ¿Me permite usar su teléfono?

—No faltaría más...

Marqué el número de la policía y pedí que me comunicasen con el teniente McLeod. Su voz sonaba fatigada a través del auricular.

—Me pillas por los pelos —rezongó—. Estaba a punto de marcharme a casa.

—Eso está bien, Mac. Pero antes dime un par de cosas que me intrigan, ¿sí?

—Adelante —gruñó, sarcástico—, estamos aquí para servirte.

—Los diamantes. ¿Qué medidas se han tomado para que no salgan del país?

Asher se enderezó de golpe aguzando el oído.

McLeod dijo:

—Las de costumbre. Se reforzaron las aduanas, ya sabes. Hay el doble de agentes en el puerto, en los aeródromos y estaciones de ferrocarril. Aunque ya sabes lo difícil que es evitar que saquen una, cosa como esos pedruscos. También hay controles en las carreteras, por si alguien sospechoso o fichado trata de salir de la ciudad. Te aseguro que estamos haciendo lo máximo que podemos. Esas compañías aseguradoras tienen influencias hasta en Washington.

—De modo que quien sea que tenga la mercancía va a tener dificultades si quiere sacarla, ¿eh?

—Muchas, sobre todo si pretende dirigirse al extranjero, que es donde puede venderlos. Aquí, en cuanto trate de convertirlos en dinero estará frito.

—Claro... Otra cosa, me gustaría saber a quién demonios pertenece un número de teléfono.

—¿Relacionado con este asunto de los pedruscos?

—No, en absoluto —mentí—. Se trata de la mujer desmemoriada.

—¿Aún estás con eso?

—Seguro. Me intriga. Toma nota y llámame a este otro aparato que te dictaré también.

—Adelante. Y después de eso olvídate de mí durante dos días por lo menos. En todo ese tiempo no pienso levantarme de la cama.

Le di los teléfonos y colgué.

Asher comentó:

—Ahora una mujer desmemoriada... ¿Es que no puede pensar en otra cosa que en fulanas, Kent?

—Esta es un caso aparte. Pero le aseguro que en estos momentos estoy pensando en los doscientos mil pavos, señor Asher.

Arrugó el ceño tratando de descifrar sus dudas.

—¿Quiere decir que le mintió a ese policía?

—Algo así.

—Ya veo... es usted un maldito zorro.

—Si no lo fuera, ¿cómo podría sacarles el dinero a los tipos de seguros? No he conocido nunca gentes más tacañas...

Enseñó los dientes en una fea mueca, pero no replicó.

El teléfono llamó cinco minutos después. McLeod dijo:

—Anótalo... Stuart Gopher, que vive en Morlan Lane, siete cuatro uno. ¿Puedo irme a dormir de una vez?

—Seguro, y que sueñes con mujeres desnudas.

—¿Para qué, si tengo a la mía en casa?

Y colgó.

Asher se quedó mirándose.

—¿Bueno...? —se impacientó.

—Ahora, señor Asher, estoy a sólo un paso de sus diamantes. Deséeme suerte.

Salí a escape, antes que hiciera más preguntas.

* * *

Stuart Gopher era rechoncho. Tenía una cara grasosa de ojos pequeños y hundidos tan expresiva como un pedazo de pedernal.

Tuve que esperar más de dos horas a que abandonara su pequeña tienda de antigüedades. Echó a andar por la acera con sus cortas piernas y le seguí. No parecía el tipo capaz de organizar un golpe de dos millones.

Diez minutos más tarde se detuvo en una calleja sucia y mal pavimentada de aquel barrio industrial. Los camiones que cargaban o descargaban obstruían el paso por todas partes. Había almacenes a ambos lados y no era un lugar divertido.

Gopher empujó la puerta de uno de ellos y desapareció de mi vista. A un lado de la puerta, una placa deslucida anunciaba:

PARAÍSO DE MILNER

JUGUETES

Busqué un lugar discreto desde el que vigilar y lo encontré en la cabina de un camión vacío, estacionado delante de una plataforma de carga. Allí esperé.

Vi salir a Gopher media hora más tarde. Iba radiante y hasta sus bamboleantes pasos resultaban más vivos que cuando le siguiera antes.

No me moví de mi observatorio.

Una hora y diez minutos de paciencia dieron sus frutos.

Una camioneta ligera se detuvo delante del almacén de juguetes. Los dos tipos que se apearon de ella podían ser cualquier cosa menos mozos de transporte. Gorilas como aquellos, yo había mandado cuatro al infierno en un par de días.

Encendí otro cigarrillo. Uno de los gorilas salió y abrió las puertas de carga de la furgoneta. Volvió a entrar. Después, él y el otro comenzaron a cargar cajas de cartón medianas.

Un hombre bien vestido, de cara sombría, salió a la acera para vigilar el trabajo de carga.

Abandoné el camión que me sirviera de refugio y regresé a toda prisa al lugar donde dejara el «De Soto» de alquiler. Lo puse en marcha y regresé a la calleja.

Justo cuando maniobraba para estacionarme en la esquina vi aparecer la furgoneta. En la cabina viajaban los dos gorilas y el tipo bien vestido.

Les di ventaja y después me fui tras ellos.

Apenas si me sorprendió ver que nos dirigíamos a los muelles. Había muchas cosas que yo aún no comprendía, pero otras empezaban a tomar cierta forma.

Al fin, ya en los almacenes portuarios, la furgoneta se paró ante un portón pintado de oscuro. El tipo de la cara sombría se apeó y habló con otro hombre que parecía esperarles. Este abrió el portón y la camioneta entró, desapareciendo de mi vista.

El hombre del almacén cerró y se quedó dentro.

A pie me acerqué y di un vistazo sin detenerme. Era el almacén de un consignatario de carga.

Cuando, media hora después, la furgoneta salió, estuve seguro que iba vacía de carga aunque en la cabina viajaban los mismos tres pasajeros que a la ida.

Les deseé buen viaje y me quedé por los alrededores, oyendo el rechinar cercano de las grandes grúas de carga, y el ronco pitido de los remolcadores, mezclándose con los gritos de los capataces de las brigadas de descargadores y el rugir de los camiones. Toda una algarabía.

El hombre del almacén tardó casi cuarenta y cinco minutos a aparecer de nuevo. Para entonces, los estridentes sonidos del ajetreo

en los muelles cesaban, al terminar la jornada de trabajo. Poco a poco, un extraño vacío parecía formarse donde antes hubiera aquel tropel de ruidos.

El hombre comprobó que el portón estuviera bien cerrado, encendió un cigarrillo y se largó.

Diez minutos más tarde yo estaba dentro del almacén.

CAPÍTULO X

HABÍA gigantescas estibas de bultos y cajas de todos los tamaños formando calles. Las de cartón que habían viajado en la furgoneta esperaban a un lado, junto a otras de madera mucho más grandes y vacías.

En las tapas de éstas, distintas marcas, cifras y rótulos indicaban que su destino era el puerto de Rio de Janeiro, en Brasil.

Abrí la primera de las de cartón. Dentro había otras tres cajas más pequeñas, y cuando las abrí aparecieron sendas hermosas muñecas de juguete.

Perplejo, le di trabajo a la máquina de pensar. Sin la menor duda, se trataba de una exportación de juguetes al Brasil. Eso estaba claro.

La relación de unos pistoleros que habían robado y asesinado para apoderarse de dos millones en diamantes, con una exportación de juguetes al extranjero era obvia a mi entender.

De modo que destripé la primera muñeca.

No encontré nada.

Hice trizas la segunda, y luego la tercera y otras tres de otra caja.

Nada.

Empecé a preocuparme. Si hacía migas todo el cargamento la cosa iba a estallarme en las narices de un modo más bien desagradable si no aparecía lo que yo buscaba.

Pero seguí adelante.

Veinte muñecas quedaron hechas unos zorros. En que la hacía el número veintiuno los encontré.

Lanzaron cegadores destellos al herirlos la escasa luz que penetraba por una gran claraboya del techo. Allí estaban, mezclados con el relleno de la muñeca.

Hablan estado a punto de conseguirlo. Un poco más y hubieran logrado sacar del país los diamantes a pesar de todas las precauciones de la policía.

Busqué un teléfono en el mismo almacén y llamé al teniente McLeod a su casa.

La voz de una mujer dijo que no podía ponerse al aparato, que acababa de salir de servicio y que dormiría hasta el día siguiente por lo menos.

—Entonces no le interesa un ascenso —dije.

—¿De qué está hablando? Y otra cosa, ¿quién es usted?

—Me llamo Kent. Despierte al bello durmiente y dígame que tengo en mi mano un ascenso seguro para él. Si es que tiene interés en él, claro está.

Hubo un largo silencio. La mujer debía reflexionar a toda presión.

—¿Dijo que se llama Kent? —indagó al fin.

—Sí.

—Espere.

Fue una espera larga. Luego, la voz del teniente tronó como un cañonazo en mi oído. Yo dije:

—Tengo los diamantes, Mac.

—¿Que tienes qué...?

—Los diamantes. Y sé quiénes han manejado este asunto, de modo que si te das prisa te quedarás con la gloria y las detenciones y yo con los diamantes.

—¡Maldita sea! ¿Dónde estás?

Se lo dije. Para entonces ya debía haber despertado del todo, porque no hizo más preguntas y colgó.

Debió hacer polvo todas las reglas de tráfico, porque tardó muy poco en aporrear la puerta del almacén. Le dejé entrar y le guie hasta el montón de muñecas hechas pedazos.

—¡Cristo! —jadeó al ver el estropicio—. ¿Estaban ahí?

—Puedes verlos tú mismo. ¿No te parecen hermosos?

—Me parece que están rezumando sangre... Han costado varias vidas. ¿Lo olvidaste?

—No lo sabes tú bien las vidas que han costado... Pero te informaré. Si después de esto no te conceden el ascenso es que no lo mereces por idiota.

—Al grano.

Le conté cuanto sabía, sin omitir nada esta vez para que, cuando celebrara una rueda de prensa, pudiera ganarse los laureles. Le vi quedarse rígido cuando le hablé de los pistoleros a los que había despachado en sus dos intentos por asesinarme.

Eso fue lo único que le disgustó un poco. Todo lo demás hizo que olvidara el sueño, el cansancio, y el hecho de que le hubiera mentido un par de veces.

Recogí después aquel puñado de pedruscos. Casi estábamos a oscuras. Él dijo de pronto:

—¿Cuánto te van a pagar por este trabajo?

—¿Para qué quieres saberlo, para echarme encima a los del fisco?

—Simple curiosidad.

—El diez por ciento del total recuperado.

Abrió la boca como si se ahogara. Por poco no se cayó de espaldas.

Creo que a partir de aquel momento empezó a considerar seriamente la idea de abandonar la policía y establecerse por su cuenta...

* * *

Gopher se dejó cazar sin dificultad alguna. Al principio intentó hacer el papel de ofendido. Protestó, nos insultó, y acabó reclamando su derecho a llamar a su abogado.

Se lo llevaron sin que dejara de reclamar.

El hombre de la cara sombría se llamaba Brooke Milner y vivía en un apartamento caro del edificio Gardens. McLeod llamó a la puerta y un instante después el hombre apareció.

Vio al teniente y a los dos agentes de uniforme. Me vio a mí. Dio un salto atrás intentando cerrar la puerta.

Disparé un puntapié que le cazó más abajo del cinturón. Lanzó un aullido y cayó, retorciéndose mientras nosotros entrábamos en el apartamento.

Oí los pasos que se aproximaban al trote, más allá de una puerta. McLeod aprovechaba para colocar las esposas al almacenista

de juguetes.

Un tipo grande y cuadrado apareció por aquella puerta. Empuñaba un revólver y por un instante se desconcertó.

Uno de los guardias rugió:

—¡Tire la pistola, pronto!

Por cumplir con el reglamento, el pobre tipo recibió una bala que le tiró dando tumbos contra la pared. El pistolero saltó hacia atrás después de ese disparo y mientras todo el mundo gritaba, yo disparé.

Él se encogió sobre sí mismo. La bala le había pegado en la barriga. Me miró enloquecido, luchando por controlar el infierno de dolor y disparar de nuevo con su arma.

McLeod ladró:

—¡Cuidado, Kent...!

Apreté el gatillo dos veces, rechinando los dientes. Esta segunda andanada le derribó sin darle la oportunidad de hacer ningún disparo.

McLeod rezongó, maldijo y fue a comprobar el estado de su agente.

El muchacho tenía el agujero en el pecho, entre las costillas del lado derecho. Perdía sangre a chorros. El otro policía estaba gritando algo por teléfono.

—No creo que se muera —refunfuñó McLeod—. Pero ese bastardo...

Se volvió echando chispas hacia Brooke Milner, que estaba sentado en el suelo con las muñecas esposadas a su espalda.

McLeod no pudo contenerse. Fue una de esas reacciones que a veces convierten a un hombre en una fiera. Le descargó un salvaje puntapié en la cara y Milner cayó de espaldas, inconsciente.

Empezó a sangrar por su nariz rota y por los labios reventados. Yo comenté:

—Te pasaste de rosca, Mac.

—¡Maldito sea! Ojalá se muera.

—Queda otro pistolero en alguna parte. Oblígale a que te diga quién es y dónde está y tendrás el completo.

—¿Pretendes enseñarme también cómo he de manejar un asunto como éste?

—Sólo era una sugerencia.

—Lárgate antes que los del seguro cambien de idea.

—No lo harán. Acabo de ahorrarles un millón ochocientos mil dólares...

—Pero este asunto ya no se podrá mantener en silencio, y estallará como una bomba cuando se sepa que te cargaste a cinco pistoleros. El escándalo no creo que les guste a esos empingorotados pisaverdes.

—Por lo menos, sé de uno que sí le gustará...

Asher. Seguro que le gustaría.

Le llamé por teléfono a su residencia particular y cuando conseguí que se pusiera al aparato le anuncié que iba a verle inmediatamente.

—¿Hay novedades importantes? —inquirió.

—Muy importantes.

—De acuerdo, si es así. Estaré esperándole.

Me esperaba tan impaciente como un novio en la noche de bodas.

—Cuénteme, Kent. ¿Tiene ya una pista de los diamantes?

—Un whisky me sentaría de maravilla, señor Asher.

—Oh, claro, claro...

Pulsó un timbre, y cuando una sirvienta asomó por la puerta le ordenó traernos whisky y hielo a su estudio.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, eché mano al bolsillo y comencé a desparramar diamantes encima de su mesa de trabajo.

Lanzó un hondo jadeo, como si se ahogara a gran profundidad. Las piernas empezaron a temblarle y acabó sentado en el sillón, mientras yo seguía esparciendo pedruscos ante sus narices.

—¡Kent...! —balbuceó—. Lo consiguió usted...

—A menos que sean falsos. No entiendo mucho de esta clase de chatarra.

—¡Chatarra! —se quejó, escandalizado.

La sirvienta no se desmayó de milagro cuando vio aquella centelleante explosión. Dejó las bebidas y el hielo y se fue como si flotara en el aire.

—Bueno, suéltelo —pidió Asher—. Cuénteme cómo lo ha conseguido.

Se lo conté, entre otras razones porque de este modo me ahorraría el fastidio de redactar un maldito informe.

Se quedó de una pieza.

—Así que ocultos en un envío de muñecas para exportación. ¡Malditos asesinos...!

Apenas podía creerlo. Sólo el sentir los diamantes entre sus dedos le convencía de que todo aquello era real.

Por si le quedaba alguna duda, dije:

—Vaya preparando mi cheque, señor Asher. Iré a su despacho por la mañana para recibir sus bendiciones junto con los doscientos mil dólares.

—Los encontrará esperándole, pero antes de irse, dígame una cosa. El hombre que organizó el robo, ese tal... ¿cómo dijo que se llama? Milner, ¿no es así? Bueno, ¿cómo supo que había esa cantidad de diamantes en la caja de la Gema Group, y que iban a ser trasladados a la mañana siguiente?

—No lo sé. Ahora, los interrogatorios le corresponden a la policía. Ellos le sacarán todo lo que sabe, y especialmente dónde está el cadáver de Reeves, si es que le mataron.

—¿Es que lo duda usted?

—No sé qué pensar. Él y su mujer desaparecieron casi al mismo tiempo. Por lo menos, la misma tarde. Y dos millones eran todo un botín.

Sacudió la cabeza, incrédulo. Me despedí dejándole flotando en las nubes de la felicidad y me fui en busca de otra felicidad que me esperaba en mi yate.

El barco estaba a oscuras cuando llegué. Me detuve un instante al pie de la pasarela, intrigado por el hecho de que no hubiera ni una luz.

Al fin subí. La voz de la muchacha me llegó queda, apenas un susurro, a mi derecha.

—¿Alan?

—Sí. ¿Dónde estás?

—Aquí, en la toldilla.

—¿Por qué estás a oscuras? Por un momento temí lo peor.

—Porque no quiero que me vea nadie más que tú.

No había luna y avancé casi a tientas.

—No te comprendo. ¿Temes que te busque alguien en este barco?

—No se trata de eso. Estoy desnuda, esperándote.

Se me cortó la respiración.

—¿Desnuda? —jadeé.

—Ya me decidí, Alan. Sea quien sea, soltera, casada o viuda, te quiero. Y te deseo como a la propia vida.

Lo dijo sin alharacas, sin palabras grandilocuentes, Y que me condene si no sonó maravillosamente bien.

Llegué a su lado y apenas si pude ver nada más que la mancha clara de su cuerpo en la oscuridad. Me deslicé a su lado y tanteé en busca de su boca.

Debía tener ojos de gato, porque fue ella la que, ladeándose un poco, estrelló los labios contra los míos. La abracé y mis manos realizaron un somero reconocimiento de toda aquella extensión de piel caliente y desnuda. Un cuerpo como no había otro en el mundo, como tampoco había otra sensación igual a sentirla vibrar en mis manos, mientras su aliento me quemaba la boca y penetraba hasta las más ocultas profundidades de los sentidos.

Gimió cuando mis caricias llegaron al paroxismo de urgencias retenidas, abriendo ante mis dedos los secretos de su cuerpo.

Permanecemos una eternidad pegados uno al otro, besándonos como locos. Era lo más grande del universo, lo más hermoso que se podía tener y no tener, la cima del amor que todos intuimos como el fin y principio de todas las cosas.

Cuando nos dimos cuenta que nos faltaba el aliento separamos nuestros labios y ella susurró:

—No quiero recobrar la memoria, amor mío... quiero nacer ahora al amor y a la vida, como si todo empezara en este instante, sin otro pasado, sin nada, excepto tú.

Arrojé la camisa a un lado. Voló por encima de la borda y se perdió en el agua. Cuando pude librarme del cinto, el peso del revólver hizo un ruido sordo al chocar contra las tablas.

Volvió a besarme. Con su boca como una llama quemándome hasta el alma, se relajó debajo de mí, confiada, contagiándome su ternura. Como si su voz llegara desde la eternidad musitó:

—Te amo...

Y después:

—¡Ahora, querido... ahora!

Me apoderé de su cuerpo poco a poco. O quizá ella se apoderó de mí. Fue como alcanzar las estrellas con la mano, una dulce

marea que nos ahogó en un éxtasis infinito que nos elevaba por encima del bien y del mal, lejos del deseo y la lujuria para convertir su entrega absoluta en la perfección del amor.

Y así hasta que el alba rompió el encanto de la noche.

CAPÍTULO XI

EL cheque era toda una belleza, y las cifras parecían bailar ante mis ojos.

Asher estaba sentado en su sillón parecido a un trono, mirándome satisfecho y feliz.

Yo lo era más que él.

—¿Sabe usted, señor Asher? —comenté—, es la primera vez en mi vida que cobro tanto dinero junto.

Asintió.

—No me sorprende. Como tampoco me sorprenderá saber que lo ha despilfarrado en poco tiempo con sus orgías en ese barco donde vive.

—No vaya a creer usted ni la mitad de lo que le cuenten de mí. He decidido sentar la cabeza.

Se echó a reír.

—No lo creeré en mil años —cacareó—. Usted no es de los que cambian, Kent, y eso es una suerte para nosotros. Un tipo sedentario, rutinario y ordenado no nos serviría de nada.

—En eso quizá acierte. No hay que pensar más que en el pobre Hersey...

Se estremeció ante la idea. Luego dijo:

—Ha realizado usted un buen trabajo. ¿Quién iba a sospechar de un sencillo exportador de juguetes? ¡Maldita sea! Ocultar los diamantes de ese modo... en las muñecas.

Asentí, dispuesto a largarme de allí.

Pero de pronto algo empezó a vibrar en las profundidades de mi mente.

—Repita eso —dije, tenso.

—¿Qué?

—Lo que dijo... «las muñecas». ¿No fue eso?

—Sí, oiga, Kent, ¿qué le ocurre? Se ha puesto pálido... tan pálido como un muerto.

Me levanté poco a poco, sintiendo que me temblaban las piernas.

—Quizá esté muerto —dije con voz que me pareció el chirrido de una sierra.

Casi tambaleándome me dirigí a la puerta. Asher me alcanzó antes de que saliera.

—¡Espere un minuto, Kent! —gritó—. ¿Qué le ha dado así, de pronto?

Le miré sin verle. Luego abrí la puerta y me alejé casi corriendo.

Conduje como un autómatas. No sé qué poder superior veló por mí durante el viaje de regreso al puerto, porque ni siquiera ahora, cuando el tiempo ha pasado, recuerdo cómo llegué al barco.

Sólo sé que subí a bordo y me precipité al camarote.

Ella dormía dulcemente en la litera, cubierta a medias por una ligera manta. Sus pechos gloriosos se alzaban al compás de su tranquila respiración.

La desperté bruscamente. Me miró, parpadeante.

—¿Ya has vuelto? No sé siquiera cuánto tiempo he dormido.

—Vístete.

—¿Qué ocurre, Alan?

—No lo sé, pero vístete. Quiero hablar contigo, y después haremos un par de visitas.

Empezó a inquietarse, pero se vistió delante de mí sin inhibiciones. Cuando estuvo lista dije:

—¿Recuerdas la noche que te saqué del agua?

—Sí...

—¿Recuerdas lo que dijiste?

—Sé lo que dije porque tú me lo recordaste.

—Las muñecas. ¿Recuerdas?

—Sí, claro.

—Pensamos que se trataba de tus muñecas. No era así.

—No comprendo nada.

—Eran muñecas de juguete.

Vi que arrugaba el entrecejo, forzándose a recordar. Una sombra enturbió su mirada.

—Muñecas de juguete... —murmuró—. Juguetes...

—¿Recuerdas?

—Sí... algo aparece en mi memoria... Muñecas de juguete, eso es...

—¡Sigue, sigue!

—No hay más... sólo un oscuro recuerdo.

—¡Tiene que haber más!

Sacudió la cabeza.

—Un hombre —insistí—. Escúchame bien. ¿Preparada?

—Ahora tengo miedo, Alan...

—Lo sé. El nombre es Reeles, Eric Reeles.

—Reeles —balbuceó.

—Eso es... ¡Inténtalo, por todos los diablos! Recuerda... ¡Recuerda!

—Reeles... —de pronto me miró enloquecida y barbotó como si fuera su último aliento—: ¡ERIC!

Dio un terrible alarido y se desplomó sin conocimiento. No llegué a tiempo de sostenerla y su cabeza golpeó contra el canto de la litera.

Cuando pude levantarla vi que había vuelto a abrirse la herida. Un hilillo de sangre se deslizaba ensuciando sus cabellos.

La tendí cuan larga era y titubeé.

Al fin corrí al teléfono y llamé al médico. Debió notar la desesperación de mi voz porque en esta ocasión ni siquiera discutió.

Cuando volví al lado de la muchacha tenía los ojos abiertos. Se quedó mirándome, temblando. Los dientes le castañeteaban,

—¿Alan?

—Cálmate. El médico está en camino.

—Ahora... ahora... ¡Oh, Dios, ojalá no hubiera recordado nunca más...!

—Tenía que suceder. Tú eres la esposa de Eric Reeles, ¿no es cierto?

—Sí...

—¿Cómo te llamas?

—Mary.

—¿Y tu nombre de soltera?

—Jackson, Mary Jackson. Me duele la cabeza... me duele terriblemente, Alan...

—No te preocupes, el médico llegará pronto. ¿Recuerdas quién intentó matarte, quién te golpeó?

—Sí... fue espantoso...

—¿Reeles, fue tu marido?

Me miró horrorizada.

—¿Eric? —gimoteó—. ¡Oh, no! Él... estaba muerto.

Rompió a llorar y las lágrimas inundaron sus mejillas como un torrente.

Encendí un cigarrillo y le di tiempo.

Pero su llanto no tenía diques. La desesperación reemplazaba la pasada laxitud llevándola a la más profunda amargura.

Aún estaba llorando cuando George apareció en el barco. Le puse en antecedentes y les dejé solos en el camarote.

El sol inundaba el mar y los yates. Se oían voces por todas partes. Voces alegres, despreocupadas, felices.

George surgió al cabo de una larga espera.

—Se repondrá —dijo—. Ha sido una experiencia traumática, pero ella ha desencadenado los mecanismos de su mente bloqueada.

—¿Te ha contado...?

—No, nada. Sólo quiere hablar contigo, pero asegura que recuerda todo su pasado, que ya no queda ninguna sombra en su memoria. Será mejor que trates de calmarla, está demasiado excitada.

Asentí y él se fue, no sin anunciarme que le había administrado un ligero sedante.

Descendí al lado de la muchacha. Se levantó de la litera y rodeándome el cuello con los brazos ocultó la cara en mi hombro y volvió a soltar el dique de las lágrimas.

—Bien, deberías alegrarte de haber recuperado la memoria, tu pasado, tu identidad.

—No me alegro. Es todo tan horrible, tan sórdido... sobre todo después de anoche.

—¿Te sientes con fuerza para contarme lo que pasó?

—Sí..., creo que sí.

—Dijiste que tu marido, Reeles, estaba ya muerto cuando intentaron asesinarle a ti...

—Sí, lo estaba. Yo le vi dentro del portaequipajes de un coche. Le habían disparado por la espalda y estaba muerto.

—Sigue, no te detengas ahora.

—Eric me había contado que le hicieron una proposición. Se refería a un traslado de diamantes... que serían sacados del país ocultos en muñecas de juguete. Se lo explicaron todo para que viera lo fácil que sería obtener unos beneficios enormes sólo con que él colaborara.

—Y él se negó, claro.

—Por supuesto que se negó. Lo hizo indignado, sin reflexionar. Vino a casa sin siquiera haber comido donde acostumbraba y me pidió que decidiera yo: O llamar a la policía o avisar a la compañía primero. Estaba desconcertado... No pudimos hacer ni una cosa ni otra. Ellos entraron, nos golpearon, y cuando desperté Eric estaba muerto.

—Continúa.

Siguió hablando, desvelando el misterio que le había rodeado hasta entonces.

Y a medida que hablaba no era sólo aquel misterio el que se desvelaba. Eran muchos otros, incluso el de cómo habían podido saber con tanta exactitud dónde estaban los diamantes y cuándo serían trasladados.

Siguió hablando y hablando, como si de repente le hubiesen entrado deseos de soltarlo todo, de vaciarse de terrores.

Cuando al fin calló yo sabía mucho más de cuánto hubiera querido.

—Ahora puedes relajarte y descansar —le aconsejé con voz ronca—. Te aseguro que ese miserable pagará lo que hizo, aunque no existe ninguna prueba contra él. Será sólo tu declaración, y ésa no sirve para llevarlo ante un jurado.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—No lo sé, pero sí sé que ese maldito tiene que pagar lo que intentó hacer contigo.

—¿Cómo? Tú mismo reconoces que no existe ninguna prueba contra él.

—Aunque deba fabricarla... le hundiré hasta el infierno. Vámonos de aquí.

—¿Adonde?

—Tú volverás a la clínica, hasta que todo haya terminado. Después... Bien, creo que hay un par de cosas sobre las que tú y yo debemos charlar un poco.

Sus ojos se nublaron otra vez.

—No, Alan...

—¿Qué quieres decir?

—Fue una locura. Lo de anoche, ya sabes...

—Nada ha cambiado. Sería diferente si viviera tu marido.

—Pero le mataron, y yo... sólo unos días después...

—Anoche no eras Mary Reeles, debes comprender eso. Eras una mujer distinta, que amaba y quería que la amaran hasta el delirio.

—Pero ahora soy la viuda de Eric Reeles. Ahora sé que nunca debí dejarme arrastrar por el torbellino de mis sentimientos. No eran legítimos... no eran siquiera limpios, porque, por encima del amor, yo te deseaba como nunca ninguna mujer ha deseado a un hombre.

—¿Y eso te parece malo?

—En mis circunstancias, sí. Por favor, Alan, no lo hagas aún más difícil... déjame tiempo. Déjame olvidar, si puedo.

—Está bien, si es así como lo quieres. Tienes todo el tiempo del mundo, sabiendo que cuando te decidas me encontrarás aquí, en este barco, varado como yo mismo. Pero ahora necesito ponerte en lugar seguro. Te llevaré a la clínica de George.

Aceptó y ya apenas si hablamos poco más mientras viajábamos una vez más hacia el refugio que yo le había destinado.

Después me fui a ver a Asher, le conté la historia de nuevo y no le gustó. No le gustó poco ni mucho.

—Quiero que llame a la Mutual, anunciándome, para que me reciban sin protocolo alguno.

—Lo haré —accedió enfurecido—. ¡Maldita sea! Quién iba a imaginar...

Le dejé despotricando y cuando llegué a la Mutual el escalafón de secretarías compitieron para llevarme sin tardanza al despacho del director.

No estaba solo. Con él me esperaba también Martin Jones.

De cualquier modo, los dos estaban radiantes. Yo había ahorrado a la compañía una fortuna y una pérdida de prestigio, así que era el héroe del día.

El señor Gavin estrechó mi mano con calor y cacareó:

—Estamos al corriente de todo, Kent. Asher está entusiasmado. Ya puede imaginar cómo nos sentimos nosotros.

—Gracias, hice mi trabajo, eso es todo. Pero aún no lo terminé.

—¿Cómo...?

—Yo creí que sí estaba cerrado todo el maldito caso, pero hay algo que ustedes deben saber. Reeles está muerto, ahora ya no caben dudas. Su propia esposa lo vio, acribillado a balazos por la espalda y metido en el portaequipajes de un coche.

Se quedaron con la boca abierta.

—¿Ha encontrado usted a la señora Reeles? —balbuceó el señor Gavin.

—Es la cosa más sorprendente que me haya ocurrido nunca. La noche anterior a la que Asher me llamó, saqué del agua a una mujer casi ahogada. La habían golpeado en la cabeza y arrojado al mar. Pude conseguir que viviera, pero el golpe, y ahora sabemos que también la impresión por lo que había visto, le produjeron un estado de amnesia total. No recordaba nada, ni siquiera su nombre. Ahora sé que se trata de Mary Reeles.

Estaban estupefactos.

—¿Cómo... cómo puede asegurarlo? —indagó Martin Jones.

—Porque he visto una fotografía suya. Se la mostré y tuvo una crisis terrible, hasta el extremo de que el médico le aplicó un sedante muy fuerte para que se relajara. Según ese médico, la amnesia ha cedido y cuando despierte, esta noche, lo recordará todo. He creído que debían saberlo, porque tratándose de la esposa de un alto cargo de la compañía... Bueno, imagino que tendrán ustedes algunas obligaciones hacia ella.

—Por supuesto —aseguró Gavin—, no la dejaremos desamparada. Pero es un caso sorprendente.

—Eso es decir poco. Lo será más aún cuando pueda hablar, porque entonces sabremos quién fue el hombre que intentó asesinarla.

Les dejé intentando salir de su asombro.

Les faltaba asombrarse más aún, por lo menos a uno de ellos.

* * *

Apenas hubo oscurecido llegó. Subió a bordo pisando como un gato, apenas una sombra deslizándose en silencio con extremada

cautela.

Trató de oír algo, una voz quizá. Asomó la cabeza por una escotilla, pero tampoco oyó nada. Cuando se decidió a bajar a los camarotes, pude ver el pálido brillo del acero en su mano derecha. Fui tras él y tampoco mis pies descalzos hicieron el menor ruido.

Estaba a mitad del descenso cuando oí cómo abría una puerta. Vio un camarote vacío y dejó pasar el tiempo para recuperar el resuello.

Luego, abrió otra. En ese camarote había una débil luz, amortiguada todavía más por un paño oscuro, como si estuviera así para no turbar el sueño de la mujer tendida en la litera. La cabellera se desparramaba por la almohada y las líneas del cuerpo bajo la manta eran apenas visibles.

Él entró. Levantó el cuchillo y contuvo la respiración al descargar el golpe.

La hoja de acero se hundió hasta la cruz en lo que estaba en la litera.

Yo dije:

—Pruebe otra vez.

Se volvió como un rayo. No podía verme porque yo estaba aún en la oscura escalera. Pero él sí quedaba visible, sombra agazapada como una fiera que se siente acorralada dentro de la trampa.

—¡Maldito! —jadeó.

—Estaba seguro que creería mi historia, hijo de perra, pero yo puedo ser cualquier cosa menos idiota. No iba a dejar a esa mujer aquí, al alcance de su cuchillo de carnicero.

—¿Es cierto que está viva?

—Eso puedo jurarlo sobre la biblia. Y recobró la memoria y fue ella quien me dijo el nombre del asesino que había planeado la gran jugada. El hombre que buscó la complicidad de Reeles, porque era éste quien iba a sacar los diamantes de la cámara.

Avanzó hacia la puerta. Desde allí jadeó:

—No le servirá de nada saberlo.

Hubiera podido clavarle los seis plomos del revólver antes de que fuera un solo paso, pero no lo hice. Sólo esperé a que diera ese paso.

Él lo dio, cauteloso, con el cuchillo listo para herir.

Entonces le pateé. Ni siquiera vio llegar el golpe, pero lo sintió,

y de qué modo. Lanzó un alarido y se desplomó hecho un ovillo, enroscado sobre sí mismo como un sucio gusano.

Entré en el camarote y él levantó la mirada. Le incrusté el zapato en la cara y se fue dando tumbos hasta que la pared le detuvo.

—Arriba, Jones —le animé—. Sólo hemos empezado a conocernos.

Aún conservaba el cuchillo. Se aferraba a él con tanta fuerza que le blanqueaban los nudillos.

Rugiendo, se levantó apoyándose en la pared. Afianzó el cuchillo en la mano y se lanzó a fondo igual que si empuñara una espada.

Salté a un lado de la puerta. Él y su acero pasaron como un rayo. Le golpeé en la nuca y cayó aplastándose lo que quedaba de su cara contra los escalones.

Entonces me dejé caer con todo mi peso sobre su mano armada. Aulló, tratando de zafarse. Presioné, presioné girando un poco los pies, desollándole la muñeca y arrancándole otro alarido.

Pero perdió el cuchillo. Entonces le solté y él pretendió lanzarse hacia donde el arma había caído.

Casi le dejé cogerla. Casi solamente, porque a mitad de camino le solté otro patadón en plena cara y ya no se acordó más del cuchillo.

Le agarré por los cabellos. Su rostro era una máscara aplastada y sangrante. Le hundí el puño en el hígado y se dobló.

Sin soltarle los cabellos sacudí su cabeza contra el mamparo una y otra vez, pensando en la muchacha que casi había matado. Por poco no eché abajo el mamparo de gruesa madera.

Cuando pude recobrar la calma vi que estaba destrozándolo a cada golpe, porque su cabeza no era tan dura como la madera. Hube de apelar a todo mi autocontrol para dejar de machacarle.

Acabé arrastrándole a cubierta y lo dejé allí, inconsciente, desangrándose, hecho una piltrafa.

—No volverás a matar a ninguna otra mujer, Martin Jones, hijo de perra —dije entre dientes.

Fui al teléfono y llamé al teniente McLeod.

Mientras esperaba que viniera a recoger aquella basura hice otra llamada, ésta a la clínica de George.

Tuve la suerte de encontrarlo a él en persona. Luego, mi suerte

se esfumó.

—Se ha ido —dijo.

—¿Qué?

—No quiso quedarse. Se fue y estaba llorando.

—¿Te dijo a dónde pensaba ir?

—No. Pero sí dijo que no volvería a su casa de momento.

—¡Tengo que encontrarla, George!

—Bien, búscala entonces, pero no me compliques la vida a mí.

Ella me dio la impresión de que era de ti de quien deseaba alejarse... aunque pude equivocarme, claro.

—Eso es lo malo, que no te equivocaste...

Colgué sin hacer caso de sus gritos.

En cubierta busqué el apoyo de la borda, sintiendo el dolor de la soledad por primera vez en mi vida. Al pasar junto al alto ejecutivo de brillante porvenir de la Mutual le sacudí otro bárbaro puntapié que le hizo rodar sin que el castigo lograra hacerle volver a este mundo.

Las estrellas continuaban guiñándose el ojo unas a otras, allá arriba, muy lejos... tan lejos como estaba ella de mí.

FIN

**¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!**

BISONTE
Serie Roja

**ASEGURE
SU
EJEMPLAR**

BISONTE
Serie Azul

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.